

**Friedrich Nietzsche**  
**Así habló Zaratustra**

**Índice**

Prólogo de Zaratustra

Los discursos de Zaratustra

De las tres transformaciones  
De las cátedras de la virtud  
De los trasmundanos  
De los despreciadores del cuerpo  
De las alegrías y de las pasiones  
Del pálido delincuente  
Del leer y el escribir  
Del árbol de la montaña  
De los predicadores de la muerte  
De la guerra y el pueblo guerrero  
Del nuevo ídolo  
De las moscas del mercado  
De la castidad  
Del amigo  
De las mil metas y de la única meta  
Del amor al prójimo  
Del camino del creador  
De viejecillas y de jovencillas  
De la picadura de la víbora  
Del hijo y del matrimonio  
De la muerte libre  
De la virtud que hace regalos

Segunda parte

El niño del espejo  
En las islas afortunadas  
De los compasivos  
De los sacerdotes  
De los virtuosos  
De la chusma  
De las tarántulas  
De los sabios famosos  
La canción de la noche  
La canción del baile  
La canción de los sepulcros  
De la superación de sí mismo

<sup>272</sup> Véase la nota 184.

<sup>273</sup> Sarcasmo de Zaratustra contra sí mismo, remedando las palabras del *Prólogo* del *Evangelio de Juan*, 1,11: «La Palabra vino a su casa, y los suyos no la recibieron.»

<sup>274</sup> Párrafo citado por Nietzsche en *Ecce homo*, como ejemplo del «sonido alciónico» que sale de la boca de Zaratustra.

<sup>275</sup> Paráfrasis del *Evangelio de Juan*, 16, 12: «Todavía muchas cosas tengo que deciros, pero ahora no podríais con ellas» (palabras de Jesús en la Cena).

<sup>276</sup> Véase la nota 240.

### **Tercera parte de Así habló Zaratustra**

Vosotros miráis hacia arriba cuando deseáis  
elevación. Y yo miro hacia abajo, porque estoy  
elevado.  
¿Quién de vosotros puede a la vez reír y estar  
elevado?  
Quien asciende a las montañas más altas se  
ríe de todas las tragedias, de las del teatro y de las  
de la vida.

*Zaratustra*, Del leer y el escribir, I.

#### **El caminante**

Fue alrededor de la medianoche cuando Zaratustra emprendió su camino sobre la cresta de la isla para llegar de madrugada a la otra orilla: pues en aquel lugar quería embarcarse. Había allí, en efecto, una buena rada, en la cual gustaban echar el ancla incluso barcos extranjeros; éstos recogían a algunos que querían dejar las islas afortunadas y atravesar el mar. Mientras Zaratustra iba subiendo la montaña pensaba en las muchas caminatas solitarias que había realizado desde su juventud y en las muchas montañas y crestas y cimas a que ha había ascendido.

Yo soy un caminante y un escalador de montañas, decía a su corazón, no me gustan las llanuras, y parece que no puedo estarme sentado tranquilo largo tiempo.

Y sea cual sea mi destino, sean cuales sean las vivencias que aún haya yo de experimentar, - siempre habrá en ello un caminar y un escalar montañas: en última instancia uno no tiene vivencias más que de sí mismo<sup>277</sup>.

Pasó ya el tiempo en que era lícito que a mí me sobrevinieran acontecimientos casuales; ¡y qué *podría* ocurrirme todavía que no fuera ya algo mío!

Lo único que hace es retornar, por fin vuelve a casa - mi propio sí-mismo y cuanto de él estuvo largo tiempo en tierra extraña y disperso entre todas las cosas y acontecimientos casuales.

Y *una* cosa más sé: me encuentro ahora ante mi última cumbre y ante aquello que durante más largo tiempo me ha sido ahorrado. ¡Ay, mi más duro camino es el que tengo que subir! ¡Ay, he comenzado mi caminata más solitaria!

Pero quien es de mi especie no se libra de semejante hora: de la hora que le dice: «¡Sólo en este instante recorres tu camino de grandeza! ¡Cumbre y abismo - ahora eso está fundido en *una sola cosa*!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora se ha convertido en tu último refugio lo que hasta el momento se llamó tu último peligro!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora es necesario que tu mejor valor consista en que no quede ya ningún camino a tus espaldas!

Recorres el camino de tu grandeza: ¡nadie debe seguirte aquí a escondidas! Tu mismo pie ha borrado detrás de ti el camino, y sobre él está escrito: Imposibilidad.

Y si en adelante te faltan todas las escaleras, tienes que saber subir incluso por encima de tu propia cabeza: ¿cómo querías, de otro modo, caminar hacia arriba?

¡Por encima de tu propia cabeza y más allá de tu propio corazón! Ahora lo más suave de ti tiene aún que convertirse en lo más duro.

Quien siempre se ha tratado a sí mismo con mucha indulgencia acaba por enfermar a causa de ello. ¡Alabado sea lo que endurece! ¡Yo no alabo el país donde corren - manteca y miel<sup>278</sup>

Es necesario aprender a *apartar la mirada* de sí para ver *muchas cosas*: - esa dureza necesítala todo aquel que escala montañas.

Mas quien tiene ojos importunos como hombre del conocimiento, ¡cómo iba a ver ése en todas las cosas algo más que los motivos superficiales de ellas!

Tú, sin embargo, oh Zaratustra, has querido ver el fondo y el trasfondo de todas las cosas: por ello tienes que subir por encima de ti mismo, - ¡arriba, cada vez más alto, hasta que incluso tus estrellas las veas *por debajo* de ti!

¡Sí! Bajar la vista hacia mí mismo e incluso hacia mis estrellas: ¡sólo esto significaría mi *cumbre*, esto es lo que me ha quedado aún como mi *última* cumbre! -

Así iba diciéndose Zaratustra a sí mismo al ascender, consolando su corazón con duras sentenzuelas: pues tenía el corazón herido como nunca antes. Y cuando llegó a la cima de la cresta de la montaña, he aquí que el otro mar yacía allí extendido ante su vista: entonces se detuvo y calló largo rato. La noche era fría en aquella cumbre, y clara y estrellada.

Conozco mi suerte, se dijo por fin con pesadumbre. ¡Bien! Estoy dispuesto. Acaba de empezar mi última soledad.

¡Ay, ese mar triste y negro a mis pies! ¡Ay, esa grávida desazón nocturna! ¡Ay, destino y mar! ¡Hacia vosotros tengo ahora que *descender*!

Me encuentro ante mi montaña más alta y ante mi más larga caminata: por eso tengo primero que descender más bajo de lo que nunca descendí:

- ¡Descender al dolor más de lo que nunca descendí, hasta su más negro oleaje! Así lo quiere mi destino: ¡Bien! Estoy dispuesto.

¿De dónde vienen las montañas más altas?, pregunté en otro tiempo. Entonces aprendí que vienen del mar.

Este testimonio está escrito en sus rocas y en las paredes de sus cumbres. Lo más alto tiene que llegar a su altura desde lo más profundo. - Así dijo Zaratustra en la cima del monte, donde hacía frío; mas cuando se acercó al mar y se encontró por fin únicamente entre los escollos, el camino lo había cansado y vuelto aún más anheloso que antes.

Todo continúa aún dormido, dijo; también el mar duerme. Ebrios de sueño y extraños miran sus ojos hacia mí.

Pero su aliento es cálido, lo siento. Y siento también que sueña. Y soñando se retuerce sobre duras almohadas.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Cómo gime el mar a causa de recuerdos malvados! ¿O tal vez a causa de expectativas malvadas?

Ay, triste estoy contigo, oscuro monstruo, y enojado conmigo mismo por tu causa.

¡Ay, por qué no tendrá mi mano bastante fortaleza! ¡En verdad, me gustaría redimirte de sueños malvados! -

Y mientras Zaratustra hablaba así, se reía de sí mismo con melancolía y amargura. «¡Cómo! ¡Zaratustra!, dijo, ¿quieres consolar todavía al mar cantando?

¡Ay, Zaratustra, necio rico en amor, sobrebienaventurado de confianza! Pero así has sido siempre: siempre te has acercado confiado a todo lo horrible.

Has querido incluso acariciar a todos los monstruos. Un vaho de cálida respiración, un poco de suave vello en las garras -: y enseguida estabas dispuesto a amar y a atraer.

El *amor* es el peligro del más solitario, el amor a todas las cosas, *¡con tal de que vivan!* ¡De risa son, en verdad, mi necedad y mi modestia en el amor!» -

Así habló Zaratustra, y rió por segunda vez: entonces pensó en sus amigos abandonados -, y como si los hubiera ofendido con sus pensamientos, enojóse consigo mismo a causa de éstos. Y pronto ocurrió que el que reía se puso a llorar: - de cólera y de anhelo lloró Zaratustra amargamente<sup>279</sup>.

<sup>277</sup> Véase *Más allá del bien y del mal*, aforismo 70: «Si uno tiene carácter, tiene también una vivencia típica y propia, que retorna siempre.»

<sup>278</sup> Cita de *Éxodo*, 3, 8, donde de la Tierra Prometida se dice que en ella «corren leche y miel.»

<sup>279</sup> Véase la nota 71.

## De la visión y enigma<sup>280</sup>

Cuando se corrió entre los marineros la voz de que Zaratustra se encontraba en el barco, - pues al mismo tiempo que él había subido a bordo un hombre que venía de las islas afortunadas - prodújose una gran curiosidad y expectación. Mas Zaratustra estuvo callado durante dos días, frío y sordo de tristeza, de modo que no respondía ni a las miradas ni a las preguntas. Al atardecer del segundo día, sin embargo, aunque todavía guardaba silencio, volvió a abrir sus oídos: pues había muchas cosas extrañas y peligrosas que oír en aquel barco, que venía de lejos y que quería ir aún más lejos. Zaratustra era amigo, en efecto, de todos aquellos que realizan largos viajes y no les gusta vivir sin peligro. Y he aquí que, por fin, a fuerza de escuchar, su propia lengua se soltó y el hielo de su corazón se rompió: - entonces comenzó a hablar así:

A vosotros los audaces buscadores e indagadores, y a quienquiera que alguna vez se haya lanzado con astutas velas a mares terribles, -

a vosotros los ebrios de enigmas, que gozáis con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos:

- pues no queréis, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo; y allí donde podéis *adivinar*, odiáis el *deducir* -

a vosotros solos os cuento el enigma que *he visto*, - la visión del más solitario -

Sombrío<sup>281</sup> caminaba yo hace poco a través del crepúsculo de color de cadáver, - sombrío y duro, con los labios apretados. Pues *más de un sol* se había hundido en su ocaso para mí.

Un sendero que ascendía obstinado a través de pedregales, un sendero maligno, solitario, al que ya no alentaban ni hierbas ni matorrales: un sendero de montaña crujía bajo la obstinación de mi pie.

Avanzando mudo sobre el burlón crujido de los guijarros, aplastando la piedra que lo hacía resbalar: así se abría paso mi pie hacia arriba.

Hacia arriba: - a pesar del espíritu que de él tiraba hacia abajo, hacia el abismo, el espíritu de la pesadez, mi demonio y enemigo capital.

Hacia arriba: - aunque sobre mí iba sentado ese espíritu, mitad enano, mitad topo; paralítico; paralizante; dejando caer plomo en mi oído<sup>282</sup>, pensamientos-gotas de plomo en mi cerebro.

«Oh Zaratustra, me susurraba burlonamente, silabeando las palabras, ¡tú piedra de la sabiduría! Te has arrojado a ti mismo hacia arriba, mas toda piedra arrojada - ¡tiene que caer!

¡Oh Zaratustra, tú piedra de la sabiduría, tú piedra de honda, tú destructor de estrellas! A ti mismo te has arrojado muy alto, - mas toda piedra arrojada - ¡tiene que caer!

Condenado a ti mismo, y a tu propia lapidación: oh Zaratustra, sí, lejos has lanzado la piedra, - ¡mas sobre ti caerá de nuevo!»

Calló aquí el enano; y esto duró largo tiempo. Mas su silencio me oprimía; ¡y cuando se está así entre dos, se está, en verdad, más solitario que cuando se está solo!

Yo subía, subía, soñaba, pensaba, - mas todo me oprimía. Me asemejaba a un enfermo al que su terrible tormento lo deja rendido, y a quien un sueño más terrible todavía vuelve a despertarlo cuando acaba de dormirse. -

Pero hay algo en mí que yo llamo valor: hasta ahora éste ha matado en mí todo desaliento. Ese valor me hizo al fin detenerme y decir: «¡Enano! ¡Tú! ¡O yo!» -

El valor es, en efecto, el mejor matador, - el valor que *ataca*: pues todo ataque se hace a tambor batiente.

Pero el hombre es el animal más valeroso: por ello ha vencido a todos los animales. A tambor batiente ha vencido incluso todos los dolores; pero el dolor por el hombre es el dolor más profundo.

El valor mata incluso el vértigo junto a los abismos: ¡y en qué lugar no estaría el hombre junto a abismos! ¿El simple mirar no es - mirar abismos?

El valor es el mejor matador: el valor mata incluso la compasión. Pero la compasión es el abismo más profundo: cuanto el hombre hunde su mirada en la vida, otro tanto la hunde en el sufrimiento.

Pero el valor es el mejor matador, el valor que *ataca*: éste mata la muerte misma, pues dice: «¿Era *esto* la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!»<sup>283</sup>.

En estas palabras, sin embargo, hay mucho sonido de tambor batiente. Quien tenga oídos, oiga. -

## 2

«¡Alto! ¡Enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos -: ¡tú no conoces mi pensamiento abismal! ¡Ése - no podrías soportarlo!» -

Entonces ocurrió algo que me dejó más ligero: ¡pues el enano saltó de mi hombro, el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra delante de mí. Cabalmente allí donde nos habíamos detenido había un portón.

«¡Mira ese portón! ¡Enano!, seguí diciendo: tiene dos caras. Dos caminos convergen aquí: nadie los ha recorrido aún hasta su final.

Esa larga calle hacia atrás: dura una eternidad. Y esa larga calle hacia adelante - es otra eternidad.

Se contraponen esos caminos; chocan derechamente de cabeza: -y aquí, en este portón, es donde convergen. El nombre del portón está escrito arriba: 'Instante'.

Pero si alguien recorriese uno de ellos - cada vez y cada vez más lejos: ¿crees tú, enano, que esos caminos se contradicen eternamente?»

«Todas las cosas derechas mienten, murmuró con desprecio el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo.» «Tú, espíritu de la pesadez, dije encolerizándome, ¡no tomes las cosas tan a la ligera! O te dejo en cuclillas ahí donde te encuentras, coji-tranco, - ¡y yo te he *subido* hasta aquí!

¡Mira, continué diciendo, este instante! Desde este portón llamado Instante corre *hacia atrás* una calle larga, eterna: a nuestras espaldas yace una eternidad.

Cada una de las cosas que *pueden* correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?

Y si todo ha existido ya: ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿No tendrá también este portón que - haber existido ya?

¿Y no están todas las cosas anudadas con fuerza, de modo que este instante arrastra tras sí *todas* las cosas venideras? ¿*Por lo tanto* - - incluso a sí mismo?

Pues cada una de las cosas que *pueden* correr: ¡también por esa larga calle *hacia adelante* - *tiene que* volver a correr una vez más! -

Y esa araña que se arrastra con lentitud a la luz de la luna, y esa misma luz de la luna, y yo y tú, cuchicheando ambos junto a este portón, cuchicheando de cosas eternas - ¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya?

- y venir de nuevo y correr por aquella otra calle, hacia adelante, delante de nosotros, por esa larga, horrenda calle - ¿no tenemos que retornar eternamente?» -

Así dije, con voz cada vez más queda: pues tenía miedo de mis propios pensamientos y de sus trasfondos. Entonces, de repente, oí *aullar* a un perro cerca.

¿Había oído yo alguna vez aullar así a un perro? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en remota infancia<sup>284</sup>:

- entonces oí aullar así a un perro. Y también lo vi con el pelo erizado, la cabeza levantada, temblando, en la más silenciosa medianoche, cuando incluso los perros creen en fantasmas:

- de tal modo que me dio lástima. Pues justo en aquel momento la luna llena, con un silencio de muerte, apareció por encima de la casa, justo en aquel momento se había detenido, un disco incandescente, - detenido sobre el techo plano, como sobre propiedad ajena: -

esto exasperó entonces al perro: pues los perros creen en ladrones y fantasmas. Y cuando de nuevo volví a oírle aullar, de nuevo volvió a darme lástima.

¿Adónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? *De repente* me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.

¡*Pero allí yacía por tierra un hombre!* ¡Y allí! El perro saltando, con el pelo erizado, gimiendo, - ahora él me veía venir - y entonces aulló de nuevo, *gritó*: - ¿había yo oído alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro?

Y, en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra<sup>285</sup>.

¿Había visto yo alguna vez tanto asco y tanto lívido espanto en *un solo* rostro? Sin duda se había dormido. Y entonces la serpiente se deslizó en su garganta y se aferraba a ella mordiendo.

Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: - ¡en vano! No conseguí arrancarla de allí. Entonces se me escapó un grito: «¡Muerde! ¡Muerde!

¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!» - éste fue el grito que de mí se escapó, mi horror, mi odio, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con *un solo* grito. -

¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, indagadores, y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros, que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme, pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario!<sup>286</sup>.

Pues fue una visión y una previsión: - ¿qué vi yo entonces en símbolo? ¿Y quién es el que algún día tiene que venir aún?<sup>287</sup>

¿Quién es el pastor a quien la serpiente se le introdujo en la garganta? ¿Quién es el hombre a quien todas las cosas más pesadas, más negras, se le introducirán así en la garganta?

- Pero el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito; ¡dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente -: y se puso en pie de un salto<sup>288</sup>. -

Ya no pastor, ya no hombre, - ¡un transfigurado, iluminado, que *reía*! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como *él* rió!

Oh hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre, - - y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca se aplaca.

Mi anhelo de esa risa me devora: ¡oh, cómo soporto el vivir aún! ¡Y cómo soportaría el morir ahora! -

Así habló Zaratustra.

<sup>280</sup> Otro título para este apartado, anotado por Nietzsche en sus manuscritos, fue *La visión del más solitario de los hombres*. Es la primera exposición de la idea del eterno retorno.

<sup>281</sup> La descripción del ascenso de Zaratustra por el sendero pedregoso, llevando sobre sus hombros «el espíritu de la pesadez», guarda un extraordinario parecido con lo que, según *Las mil y una noches*, le ocurrió a Sindbad el marino en el quinto de sus viajes: también Sindbad carga sobre sus hombros a un anciano que luego se niega a bajar de allí y martiriza a su portador. Sindbad se libera de él emborrachándolo.

<sup>282</sup> Reminiscencia de Hamlet, I, 5 (palabras de la Sombra a Hamlet): «Durmiendo, pues, en mi jardín según mi costumbre, después del mediodía, en esa hora de quietud, entró tu tío furtiva mente con un pomo de maldito veneno en las manos y lo vertió en mi oído».

<sup>283</sup> En la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*, 1, «el más feo de los hombres» repetirá esta frase. Ortega puso estas palabras como *motto* al frente del apartado VII (titulado «Las valoraciones de la vida») de su obra *El tema de nuestro tiempo* (*Obras Completas*, volumen III).

<sup>284</sup> Una vivencia profundamente grabada en Nietzsche fue la del traslado de su familia, tras la muerte de su padre, desde Röcken, donde Nietzsche había nacido, a Naumburgo. El traslado se hizo un día de abril de 1850, mucho antes del amanecer. Mientras los carros cargados esperaban en el patio, un perro empezó a ladrar tristemente a la luna. Véase la descripción de esta escena en los escritos autobiográficos recogidos por K. Schlechta en el tomo III de su edición de las *Obras* de Nietzsche.

<sup>285</sup> Una escena similar aparece en *Las mil y una noches* en el séptimo viaje de Sindbad el marino. En *Las mil y una noches* es la serpiente la que «llevaba en la boca a un hombre, al que se había tragado hasta el ombligo». Sindbad golpea la cabeza de la serpiente con su vara de oro y la serpiente vomita al hombre.

<sup>286</sup> Recuérdese lo dicho en la nota 280 sobre el proyectado título de este capítulo.

<sup>287</sup> «El que ha de venir», «el que viene detrás de mí» es expresión evangélica aplicada por Juan el Bautista a Jesús; véase *Evangelio de Mateo*, 3, 11: «El que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y yo no merezco ni quitarle las sandalias».

<sup>288</sup> Véase, en esta tercera parte, *El convaleciente*, 2.

## De la bienaventuranza no querida<sup>289</sup>

Con tales enigmas y amarguras en el corazón cruzó Zaratustra el mar. Mas cuando estuvo a cuatro días de viaje de las islas afortunadas y de sus amigos, había superado todo su dolor -: victorioso y con pies firmes se hallaba erguido de nuevo sobre su destino. Y entonces Zaratustra habló así a su conciencia jubilosa:

Solo estoy de nuevo, y quiero estarlo, solo con el cielo puro y el mar libre; y de nuevo me rodea la tarde.

En una tarde encontré por vez primera en otro tiempo a mis amigos, en una tarde también la vez segunda<sup>290</sup>: - en la hora en que toda luz se vuelve más silenciosa.

Pues lo que de felicidad se encuentra aún en camino entre el cielo y la tierra, eso búscase como asilo un alma luminosa: *a causa de la felicidad* se ha vuelto toda luz más silenciosa ahora.

¡Oh tarde de mi vida! En otro tiempo también mi felicidad descendió al valle para buscarse un asilo: allí encontró esas almas abiertas y hospitalarias

¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no he entregado yo a cambio de tener *una sola cosa*: este viviente plantel de mis pensamientos y esta luz matinal de mi más alta esperanza!

Compañeros de viaje buscó en otro tiempo el creador, e hijos de su esperanza: y ocurrió que no pudo encontrarlos, a no ser que él mismo los crease.

Así estoy en medio de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de ellos: por amor a sus hijos tiene Zaratustra que consumarse a sí mismo.

Pues radicalmente se ama tan sólo al propio hijo<sup>291</sup> y a la propia obra; y donde existe gran amor a sí mismo, allí hay señal de embarazo: esto es lo que he encontrado.

Todavía verdean mis hijos en su primera primavera, unos junto a otros y agitados por vientos comunes, árboles de mi jardín y de mi mejor tierra.

¡Y en verdad!, ¡donde se apiñan tales árboles, allí *existen* islas afortunadas!

Pero alguna vez quiero trasplantarlos y ponerlos separados unos de otros: para que cada uno aprenda soledad, y tenacidad, y cautela.

Nudoso y retorcido y con flexible dureza deberá estar entonces para mí junto al mar, faro viviente de vida invencible.

Allí donde las tempestades se precipitan en el mar y la trompa de las montañas bebe agua, allí debe realizar cada uno alguna vez sus guardias de día y de noche, para su examen y conocimiento.

Conocido y examinado debe ser, para que se sepa si es de mi especie y de mi procedencia, - si es señor de una voluntad larga, callado aun cuando habla, y de tal modo dispuesto a dar, que al dar *tome*. -

- para que algún día llegue a ser mi compañero de viaje y concrete y celebre las fiestas junto con Zaratustra<sup>292</sup> -: alguien que me escriba mi voluntad en mis tablas: para más plena consumación de todas las cosas.

Y por amor a él y a su igual tengo yo mismo que consumarme *a mí*: por ello me aparto ahora de mi felicidad y me ofrezco a toda infelicidad - para mi último examen y mi último conocimiento.

Y en verdad era llegado el tiempo de irme; y la sombra del caminante y el instante más largo y la hora más silenciosa - todos me decían: «¡Ya ha llegado la hora!»<sup>293</sup>

El viento me soplabá por el agujero de la cerradura y decía: «¡Ven!» La puerta se me abría arteramente y decía: «¡Ve!»

Mas yo yacía encadenado al amor de mis hijos: el ansia me tendía esos lazos, el ansia de amor, de llegar a ser presa de mis hijos y perderme en ellos.

Ansiar - esto significa ya para mí: haberme perdido. *¡Yo os tengo, hijos míos!* En este tener, todo tiene que ser seguridad y nada tiene que ser ansiar.

Pero encobándome yacía sobre mí el sol de mi amor, en su propio jugo cocíase Zaratustra, - entonces sombras y dudas se alejaron volando por encima de mí.

De frío e invierno sentía yo ya deseos: «¡Oh, que el frío y el invierno vuelvan a hacerme crujir y chirriar!», suspiraba yo: - entonces se levantaron de mí nieblas glaciales.

Mi pasado rompió sus sepulcros, más de un dolor enterrado vivo se despertó -: tan sólo se había adormecido, oculto en sudarios.

Así me gritaron todas las cosas por signos: «¡Ya es tiempo!» Mas yo - no oía: hasta que por fin mi abismo se movió y mi pensamiento me mordió.

¡Ay, pensamiento abismal, que eres *mi* pensamiento! ¿Cuándo encontraré la fuerza para oírte cavar, y no temblar yo ya?



¡Hasta el cuello me suben los latidos del corazón cuando te oigo cavar! ¡Tu silencio quiere estrangularme, tú abismalmente silencioso!

Todavía no me he atrevido nunca a llamarte *arriba*: ¡ya es bastante que conmigo - te haya yo llevado! Aún no era yo bastante fuerte para la última arrogancia y petulancia del león.

Bastante terrible ha sido ya siempre para mí tu pesadez: ¡mas alguna vez debo encontrar la fuerza y la voz del león, que te llame arriba!

Cuando yo haya superado esto, entonces quiero superar algo todavía mayor; ¡y una *victoria* será el sello de mi consumación! -

Entretanto vago todavía por mares inciertos; el azar me adula, el azar de lengua lisa; hacia adelante y hacia atrás miro -, aún no veo final alguno.

Todavía no me ha llegado la hora de mi última lucha -, ¿o acaso me llega en este momento? ¡En verdad, con pérfida belleza me contemplan el mar y la vida que me rodean!

¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad antes del anochecer! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!

¡En verdad, desconfío de vuestra pérfida belleza! Me parezco al amante, que desconfía de la sonrisa demasiado aterciopelada.

Así como el celoso rechaza lejos de sí a la más amada, siendo tierno incluso en su dureza -, así rechazo yo lejos de mí esta hora bienaventurada.

¡Aléjate, hora bienaventurada! ¡Contigo me llegó una bienaventuranza no querida! Dispuesto a mi dolor más profundo me encuentro aquí: - ¡a destiempo has venido!

¡Aléjate, hora bienaventurada! Es mejor que busques asilo allí - ¡entre mis hijos! ¡Apresúrate!, ¡y bendícelos con mi felicidad antes del anochecer!

Ya se aproxima el anochecer: el sol se pone. ¡Vete - felicidad mía! -

Así habló Zaratustra, y aguardó a su infelicidad durante toda la noche: mas aguardó en vano. La noche permaneció clara y silenciosa, y la felicidad misma se le fue acercando cada vez más. Hacia la mañana Zaratustra rió a su corazón y dijo burlonamente: «La felicidad corre detrás de mí. Esto se debe a que yo no corro detrás de las mujeres. Pero la felicidad es una mujer».

<sup>289</sup> Otro título previsto por Nietzsche, en sus manuscritos para este apartado era *Hacia alta mar*.

<sup>290</sup> Véase, en la primera parte, *Del árbol de la montaña*, y *De la virtud que hace regalos*.

<sup>291</sup> Primera alusión a los que Zaratustra llama «sus hijos» y que serán el objeto de su gran anhelo en la cuarta parte. Véase *El saludo*.

<sup>292</sup> En el *Prólogo de Zaratustra*, 9, aparecen idénticas calificaciones aplicadas a los hombres deseados por Zaratustra como compañeros.

<sup>293</sup> Esta expresión ya ha aparecido en la segunda parte, *De grandes acontecimientos*, y volverá a aparecer en la cuarta parte, *El grito de socorro*, y *A mediodía*.

### **Antes de la salida del sol**<sup>294</sup>

Oh cielo por encima de mí, tú puro! ¡Profundo! ¡Abismo de luz! Contemplándote me estremezco de ansias divinas.

Arrojarme a tu altura - ¡ésa es *mi* profundidad! Cobijarme en tu pureza - ¡ésa es mi inocencia!

Al dios su belleza lo encubre: así me ocultas tú tus estrellas No hablas: *así* me anuncias tu sabiduría.

Mudo sobre el mar rugiente has salido hoy para mí, tu amor y tu pudor dicen revelación a mi rugiente alma.

El que hayas venido bello a mí, encubierto en tu belleza, el que mudo me hables, manifiesto en tu sabiduría:

¡Oh, cómo no iba yo a adivinar todos los pudores de tu alma! ¡*Antes* del sol has venido a mí tú, el más solitario de todos!

Somos amigos desde el comienzo: comunes nos son la tristura y la pavura y la hondura<sup>295</sup>; hasta el sol nos es común.

No hablamos entre nosotros, pues sabemos demasiadas cosas -: callamos juntos, sonreímos juntos a nuestro saber.

¿No eres tú acaso la luz para mi fuego? ¿No tienes tú el alma gemela de mi conocimiento?

Juntos aprendimos todo; juntos aprendimos a ascender por encima de nosotros hacia nosotros mismos, y a sonreír sin nubes: -

- a sonreír sin nubes hacia abajo, desde ojos luminosos y desde una remota lejanía, mientras debajo de nosotros la coacción y la finalidad y la culpa exhalan vapores como si fuesen lluvia.

Y cuando yo caminaba solo: ¿*de quién* tenía hambre mi alma por las noches y en los senderos errados? Y cuando yo subía montañas, ¿*a quién* buscaba siempre en las montañas sino a ti?

Y todo mi caminar y subir montañas: una necesidad era tan sólo, y un recurso del desvalido: - ¡*volar* es lo único que mi entera voluntad quiere, volar dentro de *ti*!

¿Y a quién odiaba yo más que a las nubes pasajeras y a todas las cosas que te manchan? ¡Y hasta a mi propio odio odiaba yo, porque te manchaba!

Estoy enojado con las nubes pasajeras, con esos gatos de presa que furtivamente se deslizan: nos quitan a ti y a mí lo que nos es común, - el inmenso e ilimitado decir sí y amén.

Estamos enojados con esas mediadoras y entrometidas, las nubes pasajeras: mitad de esto mitad de aquello, que no han aprendido a bendecir ni a maldecir a fondo.

¡Prefiero estar sentado en el tonel bajo un cielo cubierto, prefiero estar sentado sin cielo en el abismo, que verte a ti, cielo de luz, manchado con nubes pasajeras!

Y a menudo he sentido deseos de sujetarlas con los dentados alambres áureos del rayo, y golpear los timbales, como el trueno, sobre su panza de caldera: -

- ser un encolerizado timbalero, porque me roban tu ¡sí! y ¡amén!, ¡cielo por encima de mí, tú puro! ¡Luminoso! ¡Abismo de luz! - porque te roban *mi* ¡sí! y ¡amén!

Pues prefiero el ruido y el trueno y las maldiciones del mal tiempo a esta circumspecta y dubitante quietud gatuna; y también entre los hombres, a los que más odio es a todos los que andan sin ruido, y a todos los medias tintas, y a los que son como dubitantes e indecisas nubes pasajeras.

¡Y «el que no pueda bendecir, debe *aprender* a maldecir»!<sup>296</sup>. - esta luminosa enseñanza me cayó de un cielo luminoso, esta estrella brilla en mi cielo hasta en las noches negras.

Mas yo soy uno que bendice y que dice sí, con tal de que tú estés a mi alrededor, ¡tú puro!, ¡luminoso!, ¡tú abismo de luz! - a todos los abismos llevo yo entonces, como una bendición, mi decir sí.

Me he convertido en uno que bendice y que dice sí, y he luchado durante largo tiempo, y fui un luchador, a fin de tener un día las manos libres para bendecir.

Pero ésta es mi bendición: estar yo sobre cada cosa como su cielo propio, como su techo redondo, su campana azur y su eterna seguridad: ¡bienaventurado quien así bendice!

Pues todas las cosas están bautizadas en el manantial de la eternidad y más allá del bien y del mal; el bien y el mal mismos no son más que sombras intermedias y húmedas tribulaciones y nubes pasajeras.

En verdad, una bendición es, y no una blasfemia, el que yo enseñe: «Sobre todas las cosas está el cielo Azar, el cielo Inocencia, el cielo Casualidad y el cielo Arrogancia».

«De casualidad» - ésta es la más vieja aristocracia del mundo<sup>297</sup>, yo se la he restituido a todas las cosas, yo la he redimido de la servidumbre a la finalidad.

Esta libertad y esta celestial serenidad yo las he puesto como campana azul sobre todas las cosas al enseñar que por encima de ellas y a través de ellas no hay ninguna «voluntad eterna» que - quiera.

Esta arrogancia y esta necedad púselas yo en lugar de aquella voluntad cuando enseñé: «En todas las cosas sólo *una* es imposible - ¡racionalidad!»

Un poco de razón, ciertamente, una semilla de sabiduría, esparcida entre estrella y estrella, - esa levadura está mezclada en todas las cosas<sup>298</sup>: ¡por amor a la necedad hay mezclada sabiduría en todas las cosas!

Un poco de sabiduría sí es posible; mas ésta fue la bienaventurada seguridad que encontré en todas las cosas: que prefieren - *bailar* sobre los pies del azar.

Oh cielo por encima de mí, ¡tú puro!, ¡elevado! Ésta es para mí tu pureza, ¡que no existe ninguna eterna araña y ninguna eterna telaraña de la razón: -

- que tú eres para mí una pista de baile para azares divinos, que tú eres para mí una mesa de dioses para dados y jugadores divinos!<sup>299</sup> -

Pero ¿te sonrojas? ¿He dicho tal vez cosas que no pueden decirse? ¿He blasfemado queriendo bendecirte?

¿O acaso es el pudor compartido el que te ha hecho enrojecer? - ¿Acaso me ordenas irme y callar porque ahora - viene el *día*?

El mundo es profundo -: y más profundo de lo que nunca ha pensado el día<sup>300</sup>. No a todas las cosas les es lícito tener palabras antes del día. Pero el día viene: ¡por eso ahora nos separamos!

Oh cielo por encima de mí, ¡tú pudoroso!, ¡ardiente! ¡Oh tú felicidad mía antes de la salida del sol! El día viene: ¡por eso ahora nos separamos! -

Así habló Zaratustra.

<sup>294</sup> Respecto a este capítulo quizá tenga interés citar el siguiente texto de Freud: «No puede hacerse responsable de la monotonía de las soluciones psicoanalíticas si ahora afirmo que el sol no es, nuevamente, más que un símbolo sublimado del padre. El simbolismo se sobrepone aquí al género gramatical, por lo menos en alemán, pues en la mayoría de los demás idiomas el sol es de género masculino. Su compañera en este reflejo de la pareja parental es la generalmente llamada “madre tierra”. En la solución psicoanalítica de las fantasías patógenas de sujetos neuróticos hallamos constantemente comprobada esta interpretación. Sólo una observación dedicaremos a su relación con los mitos cósmicos. Uno de mis pacientes, que había perdido tempranamente a su padre e intentaba volver a encontrarlo en todos los elementos grandes y sublimes de la naturaleza, me hizo vislumbrar que el himno de Nietzsche *Antes de la salida del sol* daba expresión a igual nostalgia.» Y Freud añade en nota: «Tampoco Nietzsche conoció de niño a su padre.» Véase Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) autobiográficamente descrito», en *Obras Completas* (Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, 11, p. 772).

<sup>295</sup> La traducción «la tristura y la pavura y la hondura» pretende reflejar de alguna manera la aliteración existente en el original alemán: *Gram und Grauen und Grund*.

<sup>296</sup> Véase el aforismo 181 de Más allá del bien y del mal: «Es inhumano bendecir cuando se nos ha maldecido».

<sup>297</sup> De casualidad: *Von Ohngefähr*, en alemán. La partícula *von*, significativa de ascendencia aristocrática cuando precede al apellido, permite a Nietzsche decir que ésta (la casualidad, el azar) es la más vieja aristocracia del mundo.

<sup>298</sup> El tema de la levadura es de procedencia evangélica. Véase el *Evangelio de Mateo*, 13, 33 (parábola de la levadura): «Semejante es el reino de Dios a la levadura que metió una mujer en medio quintal de harina; todo acabó por fermentar».

<sup>299</sup> Aquí es el cielo la mesa sobre la que Zaratustra juega a los dados con los dioses; más adelante lo será la tierra; véase, en esta tercera parte, *Los siete sellos*, 3.

<sup>300</sup> Aquí emergen aislados dos versos pertenecientes a la poesía que aparecerá luego en *La otra canción del baile*, y que será glosada en la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*.

1

Cuando Zaratustra estuvo de nuevo en tierra firme no marchó derechamente a su montaña y a su caverna, sino que hizo muchos caminos y preguntas y se informó de esto y de lo otro, de modo que, bromeando, decía de sí mismo: «¡He aquí un río que con numerosas curvas refluye hacia la fuente!» Pues quería enterarse de lo que entretanto había ocurrido *con el hombre*: si se había vuelto más grande o más pequeño. Y en una ocasión vio una fila de casas nuevas; entonces se maravilló y dijo:

¿Qué significan esas casas? ¡En verdad, ningún alma grande las ha colocado ahí como símbolo de sí misma!

¿Las sacó acaso un niño idiota de su caja de juguetes? ¡Ojalá otro niño vuelva a meterlas en su caja!

Y esas habitaciones y cuartos: ¿pueden salir y entrar ahí *varones*? Parécenme hechas para muñecas de seda; o para gatos golosos, que también permiten sin duda que se los golosinee a ellos.

Y Zaratustra se detuvo y reflexionó. Finalmente dijo turbado: «*¡Todo se ha vuelto más pequeño!*

Por todas partes veo puertas más bajas: quien es de mi especie puede pasar todavía por ellas sin duda - ¡pero tiene que agacharse!

Oh, cuándo regresaré a mi patria, donde ya no tengo que agacharme - ¡dónde ya no tengo que agacharme *ante los pequeños!*» - Y Zaratustra suspiró y miró a la lejanía. -

Y aquel mismo día pronunció su discurso sobre la virtud empequeñecedora.

2

Yo camino a través de este pueblo y mantengo abiertos mis ojos: no me perdonan que no esté envidioso de sus virtudes.

Tratan de mordirme porque les digo: para gentes pequeñas son necesarias virtudes pequeñas - ¡y porque me resulta duro que sean *necesarias* gentes pequeñas!

Todavía me parezco aquí al gallo caído en corral ajeno, al que picotean incluso las gallinas; sin embargo, no por ello me enfado yo con estas gallinas.

Soy cortés con ellas, como con toda molestia pequeña; ser espinoso con lo pequeño pareceme una sabiduría de erizos.

Todos ellos hablan de mí cuando por las noches están sentados en torno al fuego - hablan de mí, mas nadie piensa - ¡en mí!

Éste es el nuevo silencio que he aprendido: su ruido a mi alrededor extiende un manto sobre mis pensamientos.

Metén ruido entre ellos: «¿Qué quiere de nosotros esa nube sombría? ¡Cuidemos de que no nos traiga una peste!»

Y hace poco una mujer atrajo a sí violentamente a su hijo, que quería venir a mí: «¡Llévaos los niños!», gritó; «esos ojos chamuscan las almas infantiles»<sup>302</sup>.

Tosen cuando yo hablo: creen que toser es un argumento contra vientos poderosos - ¡no adivinan nada del rugir de mi felicidad!

«Todavía no tenemos tiempo para Zaratustra» - esto es lo que objetan; pero ¿qué importa un tiempo que «no tiene tiempo» para Zaratustra?

Y hasta cuando me alaban: ¿cómo podría yo adormecerme sobre su alabanza? Un cinturón de espinas es para mí su alabanza: me araña todavía después de haberlo apartado de mí.

Y también he aprendido esto entre ellos: el que alaba se imagina que restituye algo, ¡pero en verdad quiere recibir más regalos!

¡Preguntad a mi pie si le agrada la forma de alabar y de atraer de ellos! En verdad, a ese ritmo y a ese tictac no le gusta a mi pie ni bailar ni estar quieto.

Hacia la virtud pequeña quisieran atraerme y elogiármela; hacia el tictac de la felicidad pequeña quisieran persuadir a mi pie.

Camino a través de este pueblo y mantengo abiertos los ojos: se han vuelto *más pequeños* y se vuelven cada vez más pequeños: - *y esto se debe a su doctrina acerca de la felicidad y la virtud.*

En efecto, también en la virtud son modestos - pues quieren comodidad. Pero con la comodidad no se aviene más que la virtud modesta.

Sin duda ellos aprenden también, a su manera, a caminar y a marchar hacia adelante: a esto lo llamo yo su *renquear* -. Con ello se convierten en obstáculos para todo el que tiene prisa.

Y algunos de ellos marchan hacia adelante y, al hacerlo, miran hacia atrás, con la nuca rígida<sup>303</sup>: a éstos me gusta atropellarlos.

Pies y ojos no deben mentirse ni desmentirse mutuamente. Pero hay demasiada mentira entre las gentes pequeñas. Algunos de ellos quieren, pero la mayor parte únicamente son queridos<sup>304</sup>. Algunos de ellos son auténticos, pero la mayoría son malos comediantes.

Hay entre ellos comediantes sin saberlo y comediantes sin quererlo -, los auténticos son siempre raros, y en especial los comediantes auténticos.

Hay aquí pocos varones: por ello se masculinizan sus mujeres. Pues sólo quien es bastante varón - *redimirá* en la mujer - a *la mujer*.

Y la hipocresía que peor me pareció entre ellos fue ésta: que también los que mandan fingen hipócritamente tener las virtudes de quienes sirven.

«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos» - así reza aquí también la hipocresía de los que dominan, - ¡y ay cuando el primer señor es *tan sólo* el primer servidor!<sup>305</sup>

Ay, también en sus hipocresías se extravió volando la curiosidad de mis ojos; y bien adiviné yo toda su felicidad de moscas y su zumbir en torno a soleados cristales de ventanas.

Cuanta bondad veo, esa misma debilidad veo. Cuanta justicia y compasión veo, esa misma debilidad veo.

Redondos, justos y bondadosos son unos con otros, así como son redondos, justos y bondadosos los granitos de arena con los granitos de arena.

Abrazar modestamente una pequeña felicidad - ¡a esto lo llaman ellos «resignación»! Y, al hacerlo, ya bizquean con modestia hacia una pequeña felicidad nueva.

En el fondo lo que más quieren es simplemente *una* cosa: que nadie les haga daño. Así son deferentes con todo el mundo y le hacen bien.

Pero esto es *cobardía*: aunque se llame «virtud». -

Y cuando alguna vez estas pequeñas gentes hablan con aspereza: yo escucho allí tan sólo su ronquera, - cualquier corriente de aire, en efecto, los pone roncós.

Son listos, sus virtudes tienen dedos listos. Pero les faltan los puños, sus dedos no saben esconderse detrás de puños.

Virtud es para ellos lo que vuelve modesto y manso: con ello han convertido al lobo en perro, y al hombre mismo en el mejor animal doméstico del hombre.

«Nosotros ponemos nuestra silla en el *medio* - esto me dice su sonrisa complacida - y a igual distancia de los gladiadores moribundos que de las cerdas satisfechas.»

Pero esto es - *mediocridad*: aunque se llame moderación. -

Yo camino a través de este pueblo y dejo caer algunas palabras: mas ellos no saben ni tomar ni conservar.

Se extrañan de que yo no haya venido a<sup>306</sup> censurar placeres ni vicios; ¡y en verdad, tampoco he venido a poner en guardia contra los carteristas!

Se extrañan de que no esté dispuesto a hacer aún más avisada y aguda su listeza: ¡como si ellos no tuvieran ya suficiente número de listos, cuya voz rechina a mis oídos igual que los pizarrines!

Y cuando yo clamo: «Maldecid a todos los demonios cobardes que hay en vosotros, a los que les gustaría gimotear y juntar las manos y adorar»<sup>307</sup>: entonces ellos claman: «Zaratustra es ateo»<sup>308</sup>.

Y en especial claman así sus maestros de resignación -; mas precisamente a éstos me gusta gritarles al oído: ¡Sí! ¡Yo soy Zaratustra el ateo!

¡Estos maestros de resignación! En todas partes en donde hay algo pequeño y enfermo y tiñoso se deslizan ellos, igual que piojos; y sólo mi asco me impide aplastarlos.

¡Bien! Éste es mi sermón para *sus* oídos: yo soy Zaratustra el ateo, el que dice «¿quién es más ateo que yo, para disfrutar de su enseñanza?»<sup>309</sup>.

Yo soy Zaratustra el ateo: ¿dónde encuentro a mis iguales? Y mis iguales son todos aquellos que se dan a sí mismos su propia voluntad y apartan de sí toda resignación<sup>310</sup>.

Yo soy Zaratustra el ateo: yo me cuezo en *mi* puchero cualquier azar. Y sólo cuando está allí completamente cocido, le doy la bienvenida, como alimento *mío*.

Y en verdad, más de un azar llegó hasta mí con aire señorial: pero más señorialmente aún le habló mi *voluntad*, - y entonces se puso de rodillas implorando -

- implorando para encontrar en mí un asilo y un corazón, y diciendo halagadoramente: «¡Mira, oh Zaratustra, cómo sólo el amigo viene al amigo!» -

Sin embargo, ¡para qué hablar si nadie tiene *mis* oídos! Y por eso quiero clamar a todos los vientos:

¡Vosotros os volvéis cada vez más pequeños, gentes pequeñas! ¡Vosotros os hacéis migajas, oh cómodos! ¡Vosotros vais a la ruina -

- a causa de vuestras muchas pequeñas virtudes, a causa de vuestras muchas pequeñas omisiones, a causa de vuestras muchas pequeñas resignaciones!

Demasiado indulgente, demasiado condescendiente: ¡así es vuestro terreno! ¡Mas para volverse *grande*, un árbol ha de echar duras raíces en torno a rocas duras!

También lo que vosotros omitís teje en el tejido de todo el futuro humano; también vuestra nada es una telaraña y una araña que vive de sangre del futuro.

Y cuando vosotros tomáis algo, eso es como un hurto, vosotros pequeños virtuosos; mas incluso entre bribones dice el *honor*: «Se debe hurtar tan sólo cuando no se puede robar».

«Se da» - ésta es también una doctrina de la resignación. Pero yo os digo a vosotros los cómodos: ¡*se toma*, y se tomará cada vez más de vosotros!

¡Ay, ojalá alejaseis de vosotros todo querer *a medias* y os volviéis decididos tanto para la pereza como para la acción!

Ay, ojalá entendiéis mi palabra: «¡Haced siempre lo que queráis, - pero sed primero de aquellos que *pueden querer!*» «¡Amad siempre a vuestros prójimos igual que a vosotros, - pero sed primero de aquellos que *a sí mismos se aman*»<sup>311</sup> -

- que aman con el gran amor, que aman con el gran desprecio!» Así habla Zaratustra el ateo. -

¡Mas para qué hablar si nadie tiene *mis* oídos! Aquí es todavía una hora demasiado temprana para mí.

Mi propio precursor soy yo en medio de este pueblo, mi propio canto del gallo a través de oscuras callejuelas.

¡Pero la hora de *ellos* llega! ¡Y llega también la mía! De hora en hora se vuelven más pequeños, más pobres, más estériles, - ¡pobre vegetación!, ¡pobre terreno!

Y pronto estarán ante mí como hierba seca y como rastrojo, y, en verdad, cansados de sí mismos - ¡y, aún más que de agua, sedientos de *fuego*!

¡Oh hora bendita del rayo! ¡Oh misterio antes del mediodía! - En fuegos que se propagan voy a convertirlos todavía alguna vez, y en mensajeros con lenguas de fuego<sup>312</sup>: -

- ellos deben anunciar alguna vez con lenguas de fuego: ¡Llega, está próximo *el gran mediodía*!<sup>313</sup>.

Así habló Zaratustra.

<sup>301</sup> Otro título anotado por Nietzsche para este apartado era *Del empequeñecimiento de sí mismo*.

<sup>302</sup> Alusión a la escena evangélica en que las madres acercan a Jesús unos niños para que les imponga las manos y rece por ellos; véase *Evangelio de Mateo*, 19, 13. Aquí, por el contrario, los apartan de Zaratustra a fin de que éste no les cause daño.

<sup>303</sup> Imagen bíblica de la mujer de Lot al huir del incendio de Sodoma; véase *Génesis*, 19, 26.

<sup>304</sup> La expresión «son queridos» (*werden gewollt*) no significa «son amados», sino: «son conducidos por una voluntad ajena a la suya». Es decir: no son sujeto de una voluntad propia, sino objeto de una voluntad ajena. Zaratustra repite este mismo pensamiento más tarde, en *De tablas viejas y nuevas*, 16.

<sup>305</sup> Alusión a la conocida frase de Federico II de Prusia: «Un príncipe es el primer servidor y el primer magistrado del Estado.»

<sup>306</sup> «Yo no he venido a...» es frase empleada por Jesús y repetida numerosas veces en los Evangelios.

<sup>307</sup> Véase, en esta tercera parte, *De los apóstatas*, 2.

<sup>308</sup> Véase la nota 28.

<sup>309</sup> En la cuarta parte, *Jubilado*, Zaratustra discutirá con el papa jubilado sobre cual de ellos dos es más ateo.

<sup>310</sup> Paráfrasis, con inversión del sentido, del *Evangelio de Mateo*, 12, 50: «Pues todo el que cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.»

<sup>311</sup> Paráfrasis de *Evangelio de Mateo*, 22, 39: «¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Según la Biblia, éste es el «segundo» mandamiento. Y el «primero» es: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo corazón, con toda tu alma y con toda su mente.» Zaratustra, conservando el «segundo» mandamiento, invierte el «primero», que para él dice: «Te amarás a ti mismo.»

<sup>312</sup> Reminiscencia bíblica: véase Isaías, 5,24: «Por eso, como la lengua de fuego devora un rastrojo, y la hierba seca inflamada se desploma...»

<sup>313</sup> Véase la nota 137.

## En el monte de los olivos<sup>314</sup>

El invierno, mal huésped, se ha asentado en mi casa; azuladas se han puesto mis manos del apretón de manos de su amistad.

Yo honro a este mal huésped, pero me gusta dejarlo solo. Me gusta alejarme de él; ¡y si uno corre *bien*, consigue escaparse de él!

Con pies calientes y pensamientos calientes corro yo hacia donde el viento está tranquilo, - hacia el rincón soleado de mi monte de los olivos.

Allí me río de mi severo huésped, y hasta le estoy agradecido porque me expulsa de casa las moscas y hace callar muchos pequeños ruidos.

Él no soporta, en efecto, que se ponga a cantar un solo mosquito, y mucho menos dos; incluso a la calleja la deja tan solitaria que la luna tiene miedo de penetrar en ella por la noche.

Es un huésped duro, - pero yo lo honro, y no rezo, como los delicados, al panzudo ídolo del fuego.

Te llaman mi mono, necio cubierto de espumarajos: mas yo te llamo mi cerdo gruñón, - con tu gruñido me estropeas incluso mi elogio de la necesidad.

¿Qué fue, pues, lo que te llevó a gruñir? El que nadie te haya *adulado* bastante: - por eso te pusiste junto a esta inmundicia, para tener motivo de gruñir mucho, -

- ¡para tener motivo de *vengarte* mucho! ¡Venganza, en efecto, necio vanidoso, es todo tu echar espumarajos, yo te he adivinado bien!

¡Pero tu palabra de necio *me* perjudica incluso allí donde tienes razón! Y si la palabra de Zaratustra *tuviese* incluso cien veces razón: ¡con mi palabra *tú* siempre *harías* - la sin-razón!

Así habló Zaratustra; y contempló la gran ciudad; suspiró y calló durante largo tiempo<sup>321</sup>. Finalmente, dijo así:

Me produce náuseas también esta gran ciudad, y no sólo este necio. Ni en una ni en otro hay nada que mejorar, nada que empeorar.

¡Ay de esta gran ciudad!<sup>322</sup>. - ¡Yo quisiera ver ya la columna de fuego que ha de consumirla!

Pues tales columnas de fuego deben preceder al gran mediodía<sup>323</sup>. Mas éste tiene su tiempo y su propio destino.

Esta enseñanza te doy a ti, necio, como despedida: donde no se puede continuar amando se debe - *¡pasar de largo!* -

Así habló Zaratustra y pasó de largo junto al necio y la gran ciudad.

<sup>316</sup> Remedo del *Evangelio de Mateo*, 10, 14-15: «Si alguno no os recibe o no os escucha, al salir de su casa o del pueblo sacudíos el polvo de los pies. Os aseguro que el día del juicio les será más llevadero a Sodomá y Gomorra que a aquel pueblo».

<sup>317</sup> Véase, en la primera parte, *Del nuevo ídolo*, donde Zaratustra emplea una expresión similar para referirse a los periódicos.

<sup>318</sup> Expresión de origen bíblico. Véase el *Salmo* 103, 21: «Benedicid al Señor, ejércitos suyos, servidores que cumplís sus deseos».

<sup>319</sup> Un desarrollo de estas ideas puede verse en el 199 de *Más allá del bien y del mal*. «Arriba» significa aquí el soberano, pero también el cielo; y el «pecho sin estrellas» es aquel en el que no lucen todavía las condecoraciones.

<sup>320</sup> Zaratustra repite aquí lo mismo que ya ha dicho poco antes en *De la virtud empuñecedora*, 2.

<sup>321</sup> En el *Evangelio de Lucas*, 19, 41, aparece una escena parecida, en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén sobre un pollino: «Así que Jesús estuvo cerca de Jerusalén, al ver la ciudad, lloró sobre ella y dijo: ¡Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz! Pero no, no tienes ojos para verlo».

<sup>322</sup> Cita de *Apocalipsis*, 18,16: «¡Ay, ay de la gran ciudad!»

<sup>323</sup> Las «columnas de fuego» son imagen bíblica; véase *Éxodo*, 13, 21: «Iba Jahvé delante de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos, de noche en una columna de fuego, para alumbrarlos».

## De los apóstatas

### 1

Ay, ¿ya está marchito y gris todo lo que hace un momento estaba aún verde y multicolor en este prado? ¡Y cuánta miel de esperanza he extraído yo de ahí para llevarla a mis colmenas!

Todos estos corazones jóvenes se han vuelto ya viejos, - ¡y ni siquiera viejos!, sólo cansados, vulgares, cómodos: - dicen «hemos vuelto a hacernos piadosos»<sup>324</sup>.

Hace todavía un momento los veía yo salir afuera a hora temprana para correr con pies valientes: pero sus pies del conocimiento se han cansado, ¡y ahora calumnian incluso su valentía matinal!



En verdad, algunos de ellos levantaron en otro tiempo las piernas como un bailarín, a ellos hízoles señas la risa que hay en mi sabiduría: - entonces se pusieron a reflexionar. Y acabo de verlos curvados - arrastrándose hacia la cruz<sup>325</sup>.

En torno a la luz y a la libertad revoloteaban en otro tiempo como mosquitos y jóvenes poetas. Un poco más viejos, un poco más fríos: y ya son hombres oscuros, y refunfuñadores y trashogueros.

¿Se acobardó acaso su corazón porque la soledad, como una ballena, me tragó?<sup>326</sup> ¿Tal vez sus oídos, anhelosos, estuvieran esperándome *en vano* largo tiempo a mí y a mis toques de trompeta y a mis gritos de heraldo?

- ¡Ay! Pocos son siempre aquellos cuyo corazón tiene un largo valor y una larga arrogancia; y en éstos tampoco el espíritu deja de ser paciente. Pero el resto es *cobarde*.

El resto: son siempre los más, los triviales, los sobrantes, los demasiados - ¡todos ellos son cobardes!

A quien es de mi especie le saldrán también al encuentro las vivencias de mi especie: de modo que sus primeros compañeros tienen que ser cadáveres y bufones<sup>327</sup>.

Pero sus segundos compañeros - se llamarán sus *creyentes*: un enjambre animado, mucho amor, mucha tontería, mucha veneración imberbe.

¡A estos creyentes no debe ligar su corazón el que entre los hombres sea de mi especie; en estas primaveras y en estos multicolores prados no debe creer quien conoce la huidiza y cobarde especie humana!

Si *pudiesen* de otro modo, entonces *querrían* también de otro modo. Las gentes de medias tintas corrompen todo el conjunto. El que las hojas se marchiten, - ¡qué hay que lamentar en ello!

¡Déjalas ir y caer, oh Zaratustra, y no te lamentos! Es preferible que soples entre ellas con vientos veloces, -

- que soples entre las hojas, oh Zaratustra: ¡para que todo *lo marchito* se aleje de ti aún más rápidamente! -

## 2

«Hemos vuelto a hacernos piadosos» - así confiesan estos apóstatas; y algunos de ellos son incluso demasiado cobardes para confesarlo.

A éstos los miro a los ojos, - a éstos les digo a la cara y al rubor de sus mejillas: ¡vosotros sois los que vuelven a rezar!

¡Pero rezar es una vergüenza! No para todos, pero sí para ti y para mí y para quien tiene su conciencia también en la cabeza. ¡Para ti es una vergüenza rezar!

Lo sabes bien: el demonio cobarde que hay dentro de ti, a quien le gustaría juntar las manos y cruzarse de brazos y sentirse más cómodo: - ese demonio cobarde te dice: «¡*Existe Dios!*»

Pero *con ello* formas parte de la oscurantista especie de aquellos a quienes la luz no les deja nunca reposo; ¡ahora tienes que esconder cada día más hondo tu cabeza en la noche y en la bruma!

Y en verdad, has escogido bien la hora: pues en este momento salen a volar de nuevo las aves nocturnas. Ha llegado la hora de todo pueblo enemigo de la luz, ha llegado la hora vespertina y de fiesta en que no - «se hace fiesta».

Lo oigo y lo huelo: ha llegado la hora de su caza y de su procesión: no, ciertamente, la hora de una caza salvaje, sino de una caza mansa, tullida, husmeante y propia de gentes que andan sin ruido y rezan sin ruido, -

- de una caza para cazar gentes mojigatas y de mucha alma: ¡todas las ratoneras de corazonas están ahora apostadas de nuevo! Y si levanto una cortina, allí se precipita fuera una mariposita nocturna.

¿Es que acaso estaba acurrucada allí con otra mariposita nocturna? Pues por todas partes siento el olor de pequeñas comunidades agazapadas; y donde existen conventículos, allí dentro hay nuevos rezadores y vaho de rezadores.

Durante largas noches se sientan unos junto a otros y dicen: «¡Hagámonos de nuevo como niños pequeños<sup>328</sup> y digamos “Dios mío”!» - con la cabeza y el estómago estropeados por los piadosos confiteros.

O contemplan durante largas noches una astuta y acechante araña crucera<sup>329</sup>, que predica también astucia a las arañas y enseña así: «¡Bajo las cruces es bueno tejer la tela!»

O se sientan durante el día, con cañas de pescar, junto a ciénagas, y con ello se creen *profundos*; ¡mas a quien pesca allí donde no hay peces, yo ni siquiera lo llamo superficial!

O aprenden a tocar el arpa, con piadosa alegría, de un coplero que de muy buena gana se insinuaría con el arpa en el corazón de las jovencillas: - pues se ha cansado de las viejecillas y de sus alabanzas.

O aprenden a estremecerse de horror con un semiloco docto que aguarda en oscuras habitaciones a que los espíritus se le aparezcan - ¡y el espíritu escapa de allí completamente!<sup>330</sup>.

O escuchan con atención a un ronroneante y gruñidor músico viejo y vagabundo que aprendió de los vientos sombríos el tono sombrío de sus sonidos; ahora silba a la manera del viento y predica tribulación con tonos atribulados.

Y algunos de ellos se han convertido incluso en vigilantes nocturnos: éstos entienden ahora de soplar en cuernos y de rondar por la noche y de desvelar cosas viejas, que hace ya mucho tiempo que se adormecieron.

Cinco frases sobre cosas viejas oí yo ayer por la noche junto al muro del jardín: venían de tales viejos, atribulados y secos vigilantes nocturnos.

«Para ser un padre, no se preocupa bastante de sus hijos: ¡los padres-hombres lo hacen mejor!» -

«¡Es demasiado viejo! Ya no se preocupa en absoluto de sus hijos» - respondió el otro vigilante nocturno.

«Pero ¿tiene hijos? ¡Nadie puede demostrarlo si él mismo no lo demuestra! Hace ya mucho tiempo que yo quisiera que lo demostrase alguna vez de verdad.»

«¿Demostrar? ¡Como si él hubiera demostrado alguna vez algo! El demostrar le resulta difícil; da mucha importancia a que se le crea.»

«¡Sí! ¡Sí! La fe le hace bienaventurado<sup>331</sup>, la fe en él. ¡Tal es el modo de ser de los viejos! ¡Así nos va también a nosotros!» -

- De este modo hablaron entre sí los dos viejos vigilantes nocturnos y los dos temerosos de la luz, y después se pusieron, atribulados, a soplar en sus cuernos: esto ocurrió ayer por la noche junto al muro del jardín.

Pero a mí el corazón se me retorció de risa, y quería explotar, y no sabía hacia dónde, y se hundió en el diafragma.

En verdad, ésta llegará a ser mi muerte, asfixiarme de risa al ver asnos ebrios y al oír a vigilantes nocturnos dudar de Dios.

¿No *hace ya mucho* que pasó el tiempo de tales dudas? ¡A quién le es lícito seguir desvelando tales cosas viejas y adormecidas, que temen la luz!

Los viejos dioses *hace ya mucho tiempo*, en efecto, que se acabaron: - ¡y en verdad, tuvieron un buen y alegre final de dioses!

No encontraron la muerte en un «crepúsculo»<sup>332</sup>, - ¡ésa es la mentira que se dice! Antes bien, encontraron su propia muerte - ¡*riéndose!*

Esto ocurrió cuando la palabra más atea de todas fue pronunciada por un dios mismo, - la palabra: «¡Existe un *único* dios! ¡No tendrás otros dioses junto a mí!»<sup>333</sup> -

- un viejo dios huraño, un dios celoso se sobrepasó de ese modo: -

Y todos los dioses rieron entonces, se bambolearon en sus asientos y gritaron: «¿No consiste la divinidad precisamente en que existan dioses, pero no dios?»<sup>334</sup>

El que tenga oídos, oiga. -

Así dijo Zaratustra en la ciudad que él amaba y que se denomina «La Vaca Multicolor». Desde allí, en efecto, le faltaban tan sólo dos días de camino para retornar a su caverna y a sus animales; y su alma se regocijaba continuamente por la proximidad de su retorno a casa. -

<sup>324</sup> En la cuarta parte, *El despertar*, 2, y *La fiesta del asno*, , se repiten como un estribillo estas palabras: «Hemos vuelto a hacernos piadosos».

<sup>325</sup> Si alguna vivencia personal de Nietzsche se transparenta aquí, sin duda estas palabras aluden al menos a dos episodios de su vida: la conversión al catolicismo de su amigo Romundt, que en otro tiempo convivió con él en Basilea; y el «arrodillarse» de Wagner ante la cruz, con su *Parsifal*. Sobre esto último, véase *Ecce homo*, y sobre todo *La genealogía de la moral*. Véase aquí la nota 51.

<sup>326</sup> Reminiscencia del episodio bíblico de Jonás, al que tragó una ballena. Véase *Jonás*, 2, 1. En la parte cuarta, *Entre hijas del desierto*, 2, aparece otra alusión al mismo episodio bíblico. Véase la nota 549.

<sup>327</sup> Véase el Prólogo de Zaratustra, 6, donde los dos primeros compañeros de Zaratustra son el volatinero que cae de la cuerda y al que Zaratustra entierra, y el bufón que hace caer al primero.

<sup>328</sup> Alusión al *Evangelio de Mateo*, 18, 3: «Si no os hicierais como niños no entraréis en el reino de los cielos.»

<sup>329</sup> El vocablo alemán *Kreuzspinne* (araña con una cruz) subraya todavía con más fuerza esta irónica designación de los sacerdotes.

<sup>330</sup> Hay aquí una sarcástica alusión al espiritismo, tan de moda en Europa por la época en que Nietzsche escribió esta obra. El propio Nietzsche asistió a una sesión de espiritismo en Leipzig. Véase su carta de octubre de 1882 a P Gast, en la que le habla de ella.

<sup>331</sup> Véase la nota 226.

<sup>332</sup> Sarcástica alusión a la ópera de Wagner *Crepúsculo de los dioses*, título que luego el mismo Nietzsche remedaría con su obra *Crepúsculo de los ídolos*.

<sup>333</sup> Cita de las palabras de Yahvé en *Éxodo*, 20, 3-4: «No tendrás otro Dios que a mí. No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni lo que hay abajo sobre la tierra, ni lo que hay en las aguas debajo de la tierra».

<sup>334</sup> En esta tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, 11, se repite esta misma frase.

## El retorno a casa<sup>335</sup>

Oh soledad! ¡Tú *patria* mía, soledad! ¡Ha sido demasiado el tiempo que he vivido de modo salvaje en salvajes países extraños como para que no retorne a ti con lágrimas en los ojos!

Pero ahora amenázame tan sólo con el dedo, como amenazan las madres, ahora sonríeme como sonríen las madres, ahora di únicamente: «¡Y quién fue el que, en otro tiempo, como un viento tempestuoso se alejó de mí? -

- que al despedirse exclamó: ¡demasiado tiempo he estado sentado junto a la soledad, allí he desaprendido a callar! ¿*Esto* - lo has aprendido ahora acaso?

Oh Zaratustra, yo lo sé todo: ¡y que tú has estado más *abandonado* entre los muchos, tú *uno solo*, que jamás lo estuviste a mi lado!

Una cosa es abandono, y otra cosa distinta, soledad: ¡*Esto* - lo has aprendido ahora! Y que entre los hombres serás tú siempre salvaje y extraño:

<sup>359</sup> El rebuzno se expresa gráficamente en alemán con las letras I-A, que también significan «sí» (*Ja*). De ahí la frase de Nietzsche. En la cuarta parte, *El despertar*, se hará amplio uso de esta posibilidad lingüística alemana.

<sup>360</sup> Véase la nota 347.

<sup>361</sup> Más adelante, *De tablas viejas y nuevas*, 19, volverá Zaratustra a la figura del «parásito».

<sup>362</sup> Alusión a la frase de Pedro cuando en el Tabor quiere «levantar tres tiendas»; véase *Evangelio de Mateo*, 17, 4.

## De tablas viejas y nuevas<sup>363</sup>

1

Aquí estoy sentado y aguardo, teniendo a mi alrededor viejas tablas rotas y también tablas nuevas a medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora?

- la hora de mi descenso, de mi ocaso: *una vez* más todavía quiero ir a los hombres.

Esto es lo que ahora aguardo: antes tienen que llegarme, en efecto, los signos de que es mi hora, - a saber, el león riente con la bandada de palomas<sup>364</sup>.

Entretanto, como uno que tiene tiempo, me hablo a mí mismo. Nadie me cuenta cosas nuevas: por eso yo me cuento a mí mismo<sup>365</sup>. -

2

Cuando fui a los hombres los encontré sentados sobre una vieja presunción: todos presumían saber desde hacía ya mucho tiempo qué es lo bueno y lo malvado para el hombre.

Una cosa vieja y cansada les parecía a **ellos todo** hablar acerca de la virtud; y quien quería dormir bien hablaba todavía, antes de irse a dormir, acerca del «bien» y del «mal»<sup>366</sup>.

Esta somnolencia la sobresalté yo cuando enseñé: lo que es bueno y lo que es malvado, *eso no lo sabe todavía nadie*: - ¡excepto el creador!

- Mas éste es el que crea la meta del hombre y el que da a la tierra su sentido y su futuro: sólo éste *crea* el *hecho* de que algo sea bueno y malvado.

Y les mandé derribar sus viejas cátedras y todos los lugares en que aquella vieja presunción se había asentado; les mandé reírse de sus grandes maestros de virtud y de sus santos y poetas y redentores del mundo.

De sus sombríos sabios les mandé reírse, y de todo el que alguna vez se hubiera posado, para hacer advertencias, sobre el árbol de la vida como un negro espantajo.

Me coloqué al lado de su gran calle de los sepulcros e incluso junto a la carroña y los buitres<sup>367</sup> - y me reí de todo su pasado y del mustio y arruinado esplendor de ese pasado.

En verdad, semejante a los predicadores penitenciales y a los necios grité yo pidiendo cólera y justicia sobre todas sus cosas grandes y pequeñas, - ¡es tan pequeño incluso lo mejor de ellos!, ¡es tan pequeño incluso lo peor de ellos! - así me reía.

Así gritaba y se reía en mí mi sabio anhelo, el cual ha nacido en las montañas y es, ¡en verdad!, una sabiduría salvaje - mi gran anhelo de ruidoso vuelo.

Y a menudo en medio de la risa ese anhelo me arrastraba lejos y hacia arriba y hacia fuera: yo volaba, estremeciéndome ciertamente de espanto, como una flecha, a través de un éxtasis embriagado de sol:

- hacia futuros remotos, que ningún sueño había visto aún, hacia sures más ardientes que los que los artistas soñaron jamás: hacia allí donde los dioses, al bailar, se avergüenzan de todos sus vestidos<sup>368</sup>: -

- yo hablo, en efecto, en parábolas, e, igual que los poetas, cojeo y balbuceo; ¡y en verdad, me avergüenzo de tener que ser todavía poeta! -

Hacia allí donde todo devenir me pareció un baile de dioses y una petulancia de dioses, y el mundo, algo suelto y travieso y que huye a cobijarse en sí mismo: -

- como un eterno huir-de-sí-mismos y volver-a-buscarse-así-mismos de muchos dioses, como el bienaventurado contradecirse, oírse de nuevo, relacionarse de nuevo de muchos dioses: -

hacia allí donde todo tiempo me pareció una bienaventurada burla de los instantes, donde la necesidad era la libertad misma, que jugaba bienaventuradamente con el aguijón de la libertad<sup>369</sup>: -

donde también yo volví a encontrar a mi antiguo demonio y archienemigo, el espíritu de la pesadez y todo lo que él ha creado: coacción, ley, necesidad y consecuencia y finalidad y voluntad y bien y mal: -

¿pues no tiene que haber cosas *sobre* las cuales y más allá de las cuales se pueda bailar? ¿No tiene que haber, para que existan los ligeros, los más ligeros de todos - topos y pesados enanos? - -

### 3

Allí fue también donde yo recogí del camino la palabra «superhombre»<sup>370</sup>, y que el hombre es algo que tiene que ser superado, - que el hombre es un puente y no una meta: llamándose bienaventurado a sí mismo a causa de su mediodía y de su atardecer, como camino hacia nuevas auroras:

- la palabra de Zaratustra acerca del gran mediodía, y todo lo demás que yo he suspendido sobre los hombres, como segundas auroras purpúreas.

En verdad, también les he hecho ver nuevas estrellas junto con nuevas noches; y por encima de las nubes y el día y la noche extendí yo además la risa como una tienda multicolor.

Les he enseñado todos *mis* pensamientos y deseos: pensar y reunir *en unidad* lo que en el hombre es fragmento y enigma y horrendo azar, -

- como poeta, adivinador de enigmas y redentor del azar les he enseñado a trabajar creadoramente en el porvenir y a redimir creadoramente - todo lo que *fue*.

A redimir lo pasado en el hombre y a transformar mediante su creación todo «Fue», hasta que la voluntad diga: «¡Mas así lo quise yo! Así lo querré» -

- esto es lo que yo llamé redención para ellos, únicamente a esto les enseñé a llamar redención. - -

Ahora aguardo *mi* redención, - el ir a ellos por última vez.

Pues todavía *una vez* quiero ir a los hombres: *jentre* ellos quiero hundirme en mi ocaso, al morir quiero darles el más rico de mis dones!

Del sol he aprendido esto, cuando se hunde él, el inmensamente rico: entonces es cuando derrama oro sobre el mar, sacándolo de riquezas inagotables, -

- ¡de tal manera que hasta el más pobre de los pescadores rema con remos *de oro*! Esto fue, en efecto, lo que yo vi en otro tiempo, y no me sacié de llorar contemplándolo. -

Igual que el sol quiere también Zaratustra hundirse en su ocaso: mas ahora está sentado aquí y aguarda, teniendo a su alrededor viejas tablas rotas, y también tablas nuevas, - a medio escribir.

### 4

Mira, aquí hay una tabla nueva: pero ¿dónde están mis hermanos, que la lleven conmigo al valle y la graben en corazones de carne?<sup>371</sup>.

Esto es lo que mi gran amor exige a los lejanos: *¡no seas indulgente con tu prójimo!* El hombre es algo que tiene que ser superado.

Existen muchos caminos y muchos modos distintos de superación: ¡mira *tú* ahí! Mas sólo un bufón piensa: «el hombre es algo sobre lo que también se puede *saltar*».

Supérate a ti mismo incluso en tu prójimo: ¡y un derecho que puedas robar no debes permitir que te lo den!

Lo que tú haces, eso nadie puede hacértelo de nuevo a ti. Mira, no existe retribución.

El que no puede mandarse a sí mismo debe obedecer. ¡Y más de uno *pueda* mandarse a sí mismo, pero falta todavía mucho para que también se obedezca a sí mismo!

## 5

Así lo quiere la especie de las almas nobles: no quieren tener nada de balde, y menos que nada, la vida<sup>372</sup>.

Quien es de la plebe quiere vivir de balde; pero nosotros, distintos de ellos, a quienes la vida se nos entregó a sí misma, - ¡nosotros reflexionamos siempre sobre *qué* es lo mejor que daremos *a cambio*!

Y en verdad, es un lenguaje aristocrático el que dice: «lo que la vida nos promete a *nosotros*, eso queremos *nosotros* - ¡cumplírselo a la vida!»

No debemos querer gozar allí donde no damos a gozar. Y - ¡no debemos *querer* gozar!

Goce e inocencia son, en efecto, las cosas más púdicas que existen: ninguna de las dos quiere ser buscada. Debemos *tenerlas* -, ¡pero debemos *buscar* más bien culpa y dolores!

## 6

Oh hermanos míos, quien es una primicia es siempre sacrificado. Ahora bien, nosotros somos primicias<sup>373</sup>.

Todos nosotros derramamos nuestra sangre en altares secretos, todos nosotros nos quemamos y nos asamos en honor de viejas imágenes de ídolos.

Lo mejor de nosotros es todavía joven: esto excita los viejos paladares. Nuestra carne es tierna, nuestra piel es piel de cordero: - ¡cómo no íbamos nosotros a excitar a viejos sacerdotes de ídolos!

*Dentro de nosotros mismos* habita todavía él, el viejo sacerdote de ídolos, que asa, para prepararse un banquete, lo mejor de nosotros. ¡Ay, hermanos míos, cómo no iban las primicias a ser víctimas!

Pero así lo quiere nuestra especie; y yo amo a los que no quieren preservarse a sí mismos. A quienes se hunden en su ocaso los amo con todo mi amor: pues pasan al otro lado.

-

## 7

Ser verdaderos - ¡pocos son *capaces* de esto! Y quien es capaz ¡no quiere todavía! Y los menos capaces de todos son los buenos.

¡Oh esos buenos! - *Los hombres buenos no dicen nunca la verdad*; para el espíritu el ser bueno de ese modo es una enfermedad.

Ceden, estos buenos, se resignan, su corazón repite lo dicho por otros, el fondo de ellos obedece: ¡mas quien obedece *no se oye a sí mismo*!<sup>374</sup>.

Todo lo que los buenos llaman malvado tiene que reunirse para que nazca *una* verdad: oh hermanos míos, ¿sois también vosotros bastante malvados para *esa* verdad?

La osadía temeraria, la larga desconfianza, el cruel no, el fastidio, el sajar en vivo - ¡qué raras veces se reúne esto! Pero de tal semilla es de la que - ¡se engendra verdad!

¡*Junto* a la conciencia malvada ha crecido hasta ahora todo *saber*! ¡Romped, rompedme, hombres del conocimiento, las viejas tablas!

8

Cuando el agua tiene maderos para atravesarla, cuando puentecillos y pretilos saltan sobre la corriente: en verdad, allí no se cree a nadie que diga: «Todo fluye»<sup>375</sup>.

Hasta los mismos imbéciles le contradicen. «¿Cómo?, dicen los imbéciles, ¿que todo fluye? ¡Pero si hay puentecillos y pretilos *sobre* la corriente!

*Sobre* la corriente todo es sólido, todos los valores de las cosas, los puentes, conceptos, todo el ‘bien’ y el ‘mal’: ¡todo eso es *sólido*!» -

Mas cuando llega el duro invierno, el domeñador de ríos: entonces incluso los más chistosos aprenden desconfianza; y, en verdad, no sólo los imbéciles dicen entonces: «¿No será que todo permanece - *inmóvil*?»

«En el fondo todo permanece inmóvil» -, ésta es una auténtica doctrina de invierno, una buena cosa para una época estéril, un buen consuelo para los que se aletargan durante el invierno y para los trashogueros.

«En el fondo todo permanece inmóvil»: - ¡mas *contra esto* predica el viento del deshielo!

El viento del deshielo, un toro que no es un toro de arar, - ¡un toro furioso, un destructor, que con astas coléricas rompe el hielo! Y el hielo - - ¡*rompe los puentecillos*!

Oh hermanos míos, ¿no *fluye* todo *ahora*? ¿No han caído al agua todos los pretilos y puentecillos? ¿Quién se *aferraría* aún al «bien» y al «mal»?

«¡Ay de nosotros! ¡Afortunados de nosotros! ¡El viento del deshielo sopla!» - ¡Predicadme esto, hermanos míos, por todas las callejas!<sup>376</sup>.

9

Existe una vieja ilusión que se llama bien y mal. En torno a adivinos y astrólogos ha girado hasta ahora la rueda de esa ilusión.

En otro tiempo la gente *creía* en adivinos y astrólogos: y *por eso* creía «Todo es destino: ¡debes puesto que te ves forzado!»

Pero luego la gente desconfió de todos los adivinos y astrólogos: y *por eso* creyó «Todo es libertad: ¡puedes puesto que quieres!»

Oh hermanos míos, acerca de lo que son las estrellas y el futuro ha habido hasta ahora tan sólo ilusiones, pero no saber: y *por eso* acerca de lo que son el bien y el mal ha habido hasta ahora tan sólo ilusiones, ¡pero no saber!

10

«¡No robarás! ¡No matarás!» - estas palabras fueron llamadas santas en todo tiempo; ante ellas la gente doblaba la rodilla y las cabezas y se descalzaba<sup>377</sup>.

Pero yo os pregunto: ¿dónde ha habido nunca en el mundo peores ladrones y peores asesinos que esas santas palabras?

¿No hay en toda vida misma - robo y asesinato? Y por el hecho de llamar santas a tales palabras, ¿no se asesinó - a la *verdad* misma?

¿O fue una predicación de la muerte la que llamó santo a lo que hablaba en contra de toda vida y la desaconsejaba? - ¡Oh hermanos míos, romped, rompedme las viejas tablas!

Ésta es mi compasión por todo lo pasado, el ver: que ha sido abandonado,  
 - ¡abandonado a la gracia, al espíritu, a la demencia de cada generación que llega y reinterpreta como puente hacia ella todo lo que fue!

Un gran déspota podría venir, un diablo listo que con su benevolencia y su malevolencia forzase y violentase todo lo pasado: hasta que esto se convirtiese en puente para él y en presagio y heraldo y canto del gallo.

Y éste es el otro peligro y mi otra compasión: - la memoria de quien es de la plebe no se remonta más que hasta el abuelo, - y con el abuelo acaba el tiempo.

Así está abandonado todo lo pasado: pues alguna vez podría ocurrir que la plebe se convirtiese en el señor y ahogase todo tiempo en aguas sin profundidad.

Por eso, oh hermanos míos, necesítase una *nueva nobleza* que sea el antagonista de toda plebe y de todo despotismo y escriba de nuevo en tablas nuevas la palabra «noble».

¡Pues se necesitan, en efecto, muchos nobles y muchas clases de nobles *para que exista la nobleza!* O como dije yo en otro tiempo, en parábola: «¡Ésta es precisamente la divinidad, que existan dioses, pero no Dios!»<sup>378</sup>.

Oh hermanos míos, yo os consagro a una nueva nobleza y os la señalo: vosotros debéis ser para mí engendradores y criadores y sembradores del futuro, -

- en verdad, no una nobleza que vosotros pudierais comprar como la compran los tenderos, y con oro de tenderos: pues poco valor tiene todo lo que tiene un precio.

¡Constituya de ahora en adelante vuestro honor no el lugar de dónde venís, sino el lugar adonde vais! Vuestra voluntad y vuestro pie, que quieren ir más allá de vosotros mismos, - ¡eso constituya vuestro nuevo honor!

En verdad, no el que hayáis servido a un príncipe - ¡qué importan ya los príncipes!<sup>379</sup> - o el que os hayáis convertido en baluarte de lo que existe ¡para que esté aún más sólido!

No el que vuestra estirpe se haya hecho cortesana en las cortes, y vosotros hayáis aprendido a estar de pie, vestidos con ropajes multicolores, como un flamenco<sup>380</sup>, durante largas horas, dentro de estanques poco profundos.

- Pues *poder* estar de pie es un mérito entre los cortesanos: y todos los cortesanos creen que de la bienaventuranza después de la muerte forma parte - ¡el que se *permita* estar sentado! -

Ni tampoco el que un espíritu, que ellos llaman santo, condujese a vuestros antepasados a tierras prometidas<sup>381</sup>, que yo no alabo: pues nada hay que alabar en la tierra donde creció el más funesto de todos los árboles, - ¡la cruz! -

- y en verdad, a todos los sitios a que ese «espíritu santo» condujo sus caballeros, siempre esas expediciones iban *precedidas* - ¡de cabras y gansos y de cruzados mentecatos!<sup>382</sup>

-

¡Oh hermanos míos, no hacia atrás debe dirigir la mirada vuestra nobleza, sino hacia *adelante!* ¡Expulsados debéis estar vosotros de todos los países de los padres y de los antepasados!

El *país de vuestros hijos* es el que debéis amar: sea ese amor vuestra nueva nobleza, - ¡el país no descubierto, situado en el mar más remoto! ¡A vuestras velas ordeno que partan una y otra vez en su busca!

En vuestros hijos debéis *reparar* el ser vosotros hijos de vuestros padres: *¡así!* debéis redimir todo lo pasado!<sup>383</sup>. ¡Esta nueva tabla coloco yo sobre vosotros!



«¿Para qué vivir? ¡Todo es vanidad!<sup>384</sup>. Vivir es trillar paja<sup>385</sup>; vivir - es quemarse a sí mismo y, sin embargo, no calentarse.» -

Tales anticuados parloteos continúan siendo considerados como «sabiduría»; y por ser viejos y oler a rancio, *por eso* se los respeta más. También el moho otorga nobleza. -

Así les era lícito hablar a los niños: ¡ellos *rehúyen* el fuego porque éste los ha quemado! Hay mucho infantilismo en los viejos libros sapienciales.

Y a todo el que siempre «trilla paja», ¡cómo iba a serle lícito blasfemar del trillar! ¡A tales necios habría que ponerles el bozal!<sup>386</sup>.

Éstos se sientan a la mesa y no traen nada consigo, ni siquiera el buen hambre: - y ahora blasfeman diciendo «¡todo es vanidad!»

¡Pero comer y beber bien, oh hermanos míos, no es en verdad un arte vano! ¡Romped, rompedme las tablas de los eternos descontentos!

«Para el puro todo es puro»<sup>387</sup> - así habla el pueblo. Pero yo os digo: ¡para los cerdos todo se convierte en cerdo!

Por ello los fanáticos y los beatos de cabeza colgante, que también llevan colgando hacia abajo el corazón, predicán: «el mundo mismo es un monstruo merdoso».

Pues todos ellos son de espíritu sucio; y en especial aquellos que no tienen descanso ni reposo si no ven el mundo *por detrás*, - ¡los trasmundanos!

A éstos les digo a la cara, aunque ello no suene de modo agradable: el mundo se asemeja al hombre en que tiene un trasero, - ¡eso es verdad!

Hay en el mundo mucha mierda: ¡eso es verdad! ¡Mas no por ello es ya el mundo un monstruo merdoso!

Hay sabiduría en el hecho de que muchas cosas en el mundo huelan mal: ¡la náusea misma hace brotar alas y fuerzas que presienten manantiales!

Incluso en el mejor hay algo que produce náusea; ¡y el mejor es todavía algo que tiene que ser superado! -

¡Oh hermanos míos, hay mucha sabiduría en el hecho de que exista mucha mierda en el mundo! -

A los piadosos trasmundanos les he oído decir a su propia conciencia estas sentencias y, en verdad, sin malicia ni falsía, - aunque nada hay en el mundo más falso ni más maligno.

«¡Deja que el mundo sea el mundo! ¡No muevas ni *un* dedo en contra de eso!»

«Deja que el que quiera estrangule y apuñale y saje y degüelle a la gente: ¡no muevas ni *un* dedo en contra de eso! Así aprenden ellos incluso a renunciar al mundo.»

«Y tu propia razón - a ésa tú mismo debes agarrarla del cuello y estrangularla; pues es una razón de este mundo, - así aprendes tú mismo a renunciar al mundo.» -

- ¡Romped, rompedme, oh hermanos míos, estas viejas tablas de los piadosos! ¡Destruid con vuestra sentencia las sentencias de los calumniadores del mundo!

«Quien aprende muchas cosas desaprende todos los deseos violentos» - esto es algo que hoy las gentes se susurran unas a otras en todas las callejas oscuras.

«¡La sabiduría cansa, no vale la pena - nada; no debes tener deseos!» - esta nueva tabla la he encontrado colgada incluso en mercados públicos.

¡Rompedme, oh hermanos míos, rompedme también esta *nueva* tabla! Los cansados del mundo la han colgado de la pared, y los predicadores de la muerte, y también los carceleros: ¡pues mirad, también ella es una predicación en favor de la esclavitud! -

Ellos han aprendido mal, y no las mejores cosas, y todo de un modo demasiado prematuro, y todo de un modo demasiado rápido: y han *comido* mal, y por ello se les ha indigestado el estómago, -

- un estómago indigestado es, en efecto, su espíritu: ¡él es el que aconseja la muerte! ¡Pues, en verdad, hermanos míos, el espíritu es un estómago!

La vida es un manantial de placer<sup>388</sup>: mas para aquel en el cual habla un estómago indigestado, padre de la tribulación, para ése todas las fuentes están envenenadas.

Conocer: ¡esto es *placer* para el hombre de voluntad leonina! Pero quien se ha cansado, ése sólo es «querido»<sup>389</sup>, con él juegan todas las olas.

Y esto es lo que les ocurre siempre a los hombres débiles: se pierden a sí mismos en sus caminos. Y al final, todavía su cansancio pregunta: «¡para qué hemos recorrido caminos! ¡Todo es igual!»

A los oídos de *éstos* les suena de manera agradable el que se predique: «¡Nada merece la pena! ¡No debéis querer» Mas ésta es una predicación en favor de la esclavitud.

Oh hermanos míos, cual un viento fresco y rugiente viene Zaratustra para todos los cansados del mundo; ¡a muchas narices hará aún estornudar!

También a través de los muros sopla mi aliento libre, ¡y penetra hasta las cárceles y los espíritus encarcelados!

El querer hace libres: pues querer es crear: así enseño yo. ¡Y *sólo* para crear debéis aprender!

¡Y también el aprender debéis *aprenderlo* de mí, el aprender bien! - ¡Quien tenga oídos, oiga!

17

Ahí está la barca, - quizá navegando hacia la otra orilla se vaya a la gran nada. - ¿Quién quiere embarcarse en ese «quizá»? ¡Ninguno de vosotros quiere embarcarse en la barca de la muerte!<sup>390</sup>. ¡Cómo pretendéis ser entonces hombres *cansados del mundo*!

¡Cansados del mundo! ¡Y ni siquiera habéis llegado a estar desprendidos de la tierra! ¡Siempre os he encontrado ávidos todavía de tierra, enamorados todavía del propio estar cansados de la tierra!

No en vano tenéis el labio colgante - ¡un pequeño deseo de tierra continúa asentado en él! Y en el ojo - ¿no flota en él una nubecilla de inolvidado placer terrestre?

Hay en la tierra muchas buenas invenciones, las unas útiles, las otras agradables: por causa de ellas resulta amable la tierra.

Y muchas y distintas cosas están tan bien inventadas que, como el pecho de la mujer: son útiles y agradables a la vez.

¡Mas vosotros los cansados del mundo! ¡Vosotros los perezosos de la tierra! ¡A vosotros se os debe azotar! Al azotaros se os debe espabilar de nuevo las piernas.

Pues: si no sois enfermos y pillos decrepitos, de los que la tierra está cansada, sois astutos perezosos, o golosos y agazapados gatos de placer. Y si no queréis volver a *correr* alegremente, entonces debéis - ¡iros al otro mundo!

No se debe querer ser médico de incurables: así lo enseña Zaratustra: - ¡por eso debéis ir al otro mundo!

Pero se necesita más *valor* para poner fin que para escribir un nuevo verso: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas. -

18

Oh hermanos míos, hay tablas que las creó la fatiga, y tablas que las creó la pereza, tablas perezosas: aunque hablan del mismo modo, quieren que se las oiga de modo distinto.

- ¡Mirad ahí ese hombre que desfallece! Se halla tan sólo a un palmo de su meta, mas a causa de la fatiga se ha tendido ahí, obstinado, en el polvo: ¡ese valiente!

A causa de la fatiga bosteza del camino y de la tierra y de la meta y de sí mismo: no quiere dar un solo paso más, - ¡ese valiente!

Ahora el sol arde sobre él, y los perros lamen su sudor<sup>391</sup>: pero él yace ahí en su obstinación y prefiere desfallecer: -

- ¡desfallecer a un palmo de su meta! En verdad, tendréis que llevarlo agarrado por los cabellos incluso a su cielo<sup>392</sup>, - ¡a ese héroe!

Es mejor que lo dejéis tirado ahí donde él se ha echado, para que le llegue el sueño, el consolador, con un chaparrón refrescante:

Dejadle yacer hasta que se despierte por sí mismo, - ¡hasta que se retracte por sí mismo de toda fatiga y de lo que en él enseñaba fatiga!

Sólo, hermanos míos, ahuyentad de él a los perros, a los hipócritas perezosos y a todo el enjambre de sabandijas: -

- a todo el enjambre de sabandijas de los «cultos», que con el sudor de todo héroe - ¡se regala! -

19

Yo trazo en torno a mí círculos y fronteras sagradas; cada vez es menor el número de quienes conmigo suben hacia montañas cada vez más altas, - yo construyo una cordillera con montañas más santas cada vez. -

Pero adondequiera que conmigo subáis, oh hermanos míos: ¡cuidad de que no suba con vosotros un *parásito*!<sup>393</sup>.

Parásito: es un gusano, un gusano que se arrastra, que se doblega, que quiere engordar a costa de vuestros rincones enfermos y heridos.

Y su arte consiste en *esto*, en adivinar cuál es en las almas ascendentes el lugar en que están cansadas: en vuestro disgusto y en vuestro mal humor, en vuestro delicado pudor construye el parásito su nauseabundo nido.

En el lugar en que el fuerte es débil, y el noble, demasiado benigno, - allí dentro construyó él su nauseabundo nido: el parásito habita allí donde el grande tiene pequeños rincones heridos.

¿Cuál es la especie más alta de todo ser, y cuál la más baja? El parásito es la especie más baja; pero quien forma parte de la especie más alta, ése alimenta a la mayor parte de los parásitos.

El alma, en efecto, que posee la escala más larga y que más profundo puede descender: ¿cómo no iban a asentarse en ella la mayor parte de los parásitos? -

- el alma más vasta, la que más lejos puede correr y errar y vagar dentro de sí; la más necesaria, que por placer se precipita en el azar: -

- el alma que es, y se sumerge en el devenir; la que posee, y *quiere* sumergirse en el querer y desear: -

- la que huye de sí misma, que a sí misma se da alcance en los círculos más amplios; el alma más sabia, a quien más dulcemente habla la necedad: -

- la que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su corriente y su contracorriente, su flujo y su reflujo<sup>394</sup>: - oh, ¿cómo no iba *el alma más elevada* a tener los peores parásitos?

20

Oh hermanos míos, ¿acaso soy cruel? Pero yo digo: ¡a lo que está cayendo se le debe incluso dar un empujón!

Todas estas cosas de hoy - están cayendo, decayendo: ¡quién querría sostenerlas! Pero yo - ¡yo *quiero* darles además un empujón!

¿Conocéis vosotros la voluptuosidad que hace rodar las piedras en profundidades cortadas a pico? - Estos hombres de hoy: ¡mirad cómo ruedan a mis profundidades!

¡Un preludio de jugadores mejores soy yo, oh hermanos míos! ¡Un ejemplo! ¡*Obrad* según mi ejemplo!<sup>395</sup>.

Y a quien no le enseñéis a volar, enseñadle - *¡a caer más deprisa!* -

21

Yo amo a los valientes: mas no basta ser un mandoble, - ¡hay que saber también *a quién* se le dan los mandobles!

Y a menudo hay más valentía en contenerse y pasar de largo: *¡a fin* de reservarse para un enemigo más digno!

Debéis tener sólo enemigos que haya que odiar, pero no enemigos que haya que despreciar: es necesario que estéis orgullosos de vuestro enemigo: así lo he enseñado ya una vez<sup>396</sup>.

Para un enemigo más digno, oh amigos míos, debéis reservaros: por ello tenéis que pasar de largo junto a muchas cosas, -

- especialmente junto a mucha chusma, que os mete en los oídos ruido de pueblo y de pueblos.

¡Mantened puros vuestros ojos de su pro y de su contra! En ellos hay mucha justicia, mucha injusticia: quien se detiene a mirar se pone colérico.

Ver, golpear<sup>397</sup> - esto es aquí *una sola cosa*: ¡por ello, marchad a los bosques y dejad dormir vuestra espada!

¡Seguid *vuestros* caminos! ¡Y dejad que el pueblo y los pueblos sigan los suyos! - ¡caminos oscuros, en verdad, en los cuales no relampaguea ya ni *una* esperanza!

¡Que domine el tendero allí donde todo lo que brilla - es oro de tenderos! Ya no es tiempo de reyes<sup>398</sup>: lo que hoy se llama a sí mismo pueblo no merece reyes.

Ved cómo estos pueblos actúan ahora, también ellos, igual que los tenderos: ¡rebuscan las más mínimas ventajas incluso en todos los desperdicios!

Se acechan mutuamente, se espían unos a otros, - a esto lo llaman «buena vecindad». Oh bienaventurado tiempo remoto en que un pueblo se decía a sí mismo: «¡yo quiero ser - *señor* de otros pueblos!»

Pues, hermanos míos: ¡lo mejor debe dominar, lo mejor *quiere* también dominar! Y donde se enseña otra cosa, allí - *falta lo* mejor.

22

Si éstos - tuviesen de balde el pan, ¡ay! ¿Tras de qué andarían éstos gritando? Su sustento - es su verdadero entretenimiento; ¡y las cosas deben resultarles difíciles!

Animales de presa son: ¡en su «trabajar» - hay también robo, en su «merecer» - hay también engaño! ¡Por eso las cosas deben resultarles difíciles!

Deben hacerse mejores animales de presa, más sutiles, más inteligentes, *más semejantes al hombre*: el hombre es, en efecto, el mejor animal de presa.

A todos los animales les ha robado ya el hombre sus virtudes: por eso, de todos los animales es el hombre el que ha tenido más difíciles las cosas.

Ya sólo los pájaros están por encima de él. Y cuando el hombre aprenda a volar, ¡ay!, ¡hasta qué altura - volará su rapacidad!

23

Así quiero yo que sean el hombre y la mujer: el uno, apto para la guerra, la otra, apta para el parto, mas ambos aptos para bailar con la cabeza y con las piernas.

¡Y demos por perdido el día en que no hayamos bailado al menos *una vez*! ¡Y sea falsa para nosotros toda verdad en la que no haya habido *una* carcajada!

24

Vuestro enlace matrimonial: ¡Tened cuidado de que no sea una mala *conclusión*! Habéis soldado con demasiada rapidez: ¡por eso de ahí *se sigue* - el quebrantamiento del matrimonio!

¡Y es mejor quebrantar el matrimonio que torcer el matrimonio, que mentir el matrimonio! - Así me dijo una mujer: «Es verdad que yo he quebrantado el matrimonio, ¡pero antes el matrimonio me había quebrantado a mí!»<sup>399</sup>.

Siempre he encontrado que los mal apareados eran los peores vengativos: hacen pagar a todo el mundo el que ellos no puedan ya correr por separado.

Por ello quiero yo que los honestos se digan uno a otro: «Nosotros nos amamos: ¡veamos si podemos continuar amándonos! ¿O debe ser una equivocación nuestra promesa?»<sup>400</sup>.

- «¡Dadnos un plazo y un pequeño matrimonio, para que veamos si somos capaces del gran matrimonio! ¡Es una gran cosa estar dos siempre juntos!»

Así aconsejo yo a todos los honestos; ¡y qué sería mi amor al superhombre y a todo lo que debe venir si yo aconsejase y hablase de otro modo!

No sólo a propagaros al mismo nivel, sino a propagaros *hacia arriba* - ¡a eso, oh hermanos míos, ayúdeos el jardín del matrimonio!

25

El que ha llegado a conocer los viejos orígenes acabará por buscar manantiales del futuro y nuevos orígenes. -

Oh hermanos míos, de aquí a poco<sup>401</sup>, *nuevos pueblos* surgirán y nuevos manantiales se precipitarán ruidosamente en nuevas profundidades.

El terremoto, en efecto, - ciega muchos pozos y provoca mucho desfallecimiento: y también saca a luz energías y secretos ocultos.

El terremoto pone de manifiesto nuevos manantiales. En el terremoto de viejos pueblos emergen manantiales nuevos.

Y en torno a quien entonces grita: «He ahí un pozo para muchos sedientos, *un* corazón para muchos anhelosos, *una* voluntad para muchos instrumentos»: - en torno a ése se reúne un *pueblo*, es decir: muchos experimentadores.

Quién puede mandar, quién tiene que obedecer - *¡eso es lo que aquí se experimenta!* ¡Ay, con qué búsquedas y adivinaciones y fallos y aprendizajes y reexperimentos tan prolongados!

La sociedad de los hombres: es un experimento, así lo enseño yo, una prolongada búsqueda: ¡y busca al hombre de mando! -

- un experimento, ¡oh hermanos míos! ¡Y *no* un «contrato»<sup>402</sup>. ¡Romped, rompedme tales palabras de los corazones débiles y de los amigos de componendas!

26

¡Oh hermanos míos! ¿En quiénes reside el mayor peligro para todo futuro de los hombres? ¿No es en los buenos y justos? -

- que dicen y sienten en su corazón: «nosotros sabemos ya lo que es bueno y justo, y hasta lo tenemos; ¡ay de aquellos que continúan buscando aquí!»

Y sean cuales sean los daños que los malvados ocasionen: ¡el daño de los buenos es el daño más dañino de todos!

Y sean cuales sean los daños que los calumniadores del mundo ocasionen: el daño de los buenos es el daño más dañino de todos.

Oh hermanos míos, en cierta ocasión uno miró dentro del corazón de los buenos y justos, y dijo: «Son fariseos». Pero no le entendieron<sup>403</sup>.

A los buenos y justos mismos no les fue lícito entenderle: su espíritu está prisionero de su buena conciencia. La estupidez de los buenos es insondablemente inteligente.

Pero ésta es la verdad: los buenos *tienen que* ser fariseos, - ¡no tienen opción!<sup>404</sup>

¡Los buenos *tienen que* crucificar a aquel que se inventa su propia virtud! ¡Ésta *es* la verdad!

Mas el segundo<sup>405</sup> que descubrió su país, el país, el corazón y la tierra de los buenos y justos: ése fue el que preguntó: «¿A quién es al que más odian éstos?»

*Al creador* es al que más odian: a quien rompe tablas y viejos valores, al quebrantador - llámanlo delincuente<sup>406</sup>.

Los buenos, en efecto, - *no pueden* crear: son siempre el comienzo del final: -

- crucifican a quien escribe nuevos valores sobre nuevas tablas, sacrifican el futuro *a sí mismos*, - ¡crucifican todo el futuro de los hombres!

Los buenos - han sido siempre el comienzo del final. -

27

Oh hermanos míos, ¿habéis entendido también esta palabra? ¿Y lo que en otro tiempo dije acerca del «último hombre»?<sup>407</sup> - -

¿En quiénes reside el máximo peligro para todo el futuro de los hombres? ¿No es en los buenos y justos?

*¡Romped, destrozadme a los buenos y justos!* - Oh hermanos míos, ¿habéis entendido también esta palabra?

28

¿Huís de mí? ¿Estáis espantados? ¿Tembláis ante esta palabra? Oh hermanos míos, cuando os he mandado destrozar a los buenos y las tablas de los buenos: sólo entonces es cuando yo he embarcado al hombre en su alta mar.

Y ahora es cuando llegan a él el gran espanto, el gran mirar a su alrededor, la gran enfermedad, la gran náusea, el gran mareo. Falsas costas y falsas seguridades os han enseñado los buenos; en mentiras de los buenos habéis nacido y habéis estado cobijados<sup>408</sup>. Todo está falseado y deformado hasta el fondo por los buenos.

Pero quien ha descubierto el país «Hombre» ha descubierto también el país «Futuro de los Hombres». ¡Ahora vosotros debéis ser mis marineros, marineros bravos, pacientes!

¡Caminad erguidos a tiempo, oh hermanos míos, aprended a caminar erguidos! El mar está tempestuoso: muchos quieren servirse de vosotros para volver a erguirse.

El mar está tempestuoso: todo está en el mar. ¡Bien! ¡Adelante! ¡Viejos corazones de marineros!

¡Qué importa el país de los padres! ¡Nuestro timón quiere *dirigirse* hacia donde está el *país de nuestros hijos*! ¡Hacia allá lánzase tempestuoso, más tempestuoso que el propio mar, nuestro gran anhelo! -

29<sup>409</sup>

«¡Por qué tan duro! - dijo en otro tiempo el carbón de cocina al diamante; ¿no somos parientes cercanos?» -

¿Por qué tan blandos? Oh hermanos míos, así os pregunto yo a vosotros: ¿no sois vosotros - mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, tan poco resistentes y tan dispuestos a ceder? ¿Por qué hay tanta negación, tanta renegación en vuestro corazón? ¿Y tan poco destino en vuestra mirada?

Y si no queréis ser destinos ni inexorables: ¿cómo podríais - vencer conmigo?

Y si vuestra dureza no quiere levantar chispas y cortar y sajar: ¿cómo podríais algún día - crear conmigo?

Los creadores son duros, en efecto. Y bienaventuranza tiene que pareceros el imprimir vuestra mano sobre milenios como si fuesen cera, -

- bienaventuranza, escribir sobre la voluntad de milenios como sobre bronce, - más duros que el bronce, más nobles que el bronce. Sólo lo totalmente duro es lo más noble de todo.

Esta nueva tabla, oh hermanos míos, coloco yo sobre vosotros: ¡*endureceos*! - <sup>410</sup>

30

¡Oh tú voluntad mía! ¡Tú viraje de toda necesidad, tú necesidad *mía*!<sup>411</sup> ¡Presérvame de todas las victorias pequeñas!

¡Tú providencia de mi alma, que yo llamo destino! ¡Tú que estás dentro de mí! ¡Tú que estás encima de mí! ¡Presérvame y resérvame para *un* gran destino!<sup>412</sup>

Y tu última grandeza, voluntad mía, resérvatela para tu último instante, - ¡para ser inexorable *en* tu victoria! ¡Ay, quién no ha sucumbido a su victoria!

¡Ay, a quién no se le oscurecieron los ojos en ese crepúsculo ebrio! ¡Ay, a quién no le vaciló el pie y desaprendió, en la victoria, - a estar de pie! -

- Que yo esté preparado y maduro alguna vez en el gran mediodía: preparado y maduro como bronce ardiente, como nube grávida de rayos y como ubre hinchada de leche: -

- preparado para mí mismo y para mi voluntad más oculta: un arco ansioso de su flecha, una flecha ansiosa de su estrella: -

- una estrella preparada y madura en su mediodía, ardiente, perforada, bienaventurada gracias a las aniquiladoras flechas solares: -

- un sol y una inexorable voluntad solar, ¡dispuesto a aniquilar en la victoria!

¡Oh voluntad, viraje de toda necesidad, tú necesidad *mía*! ¡Resérvame para *una* gran victoria! - -

Así habló Zaratustra.

<sup>363</sup> Todo este largo capítulo alude antitéticamente a las «tablas de la ley» del Antiguo Testamento. Véase *Éxodo*, 24. El propio Moisés rompe las tablas más tarde: *Éxodo*, 32, 19. En *Ecce homo* dice Nietzsche: «Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Nizza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables: aquel pasaje decisivo que lleva el título “De tablas viejas y nuevas” fue compuesto durante una fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza -la agilidad muscular era siempre máxima en mí cuando la fuerza creadora fluía de manera más abundante.»

<sup>364</sup> En la cuarta parte, *El signo*, llegarán hasta Zaratustra la bandada de palomas y el león riante.

<sup>365</sup> En *Ecce homo* Nietzsche emplea casi idéntica expresión: «Y así me cuento mi vida a mí mismo.»

<sup>366</sup> Véase, en la primera parte, *De las cátedras de la virtud*.

<sup>367</sup> Reminiscencia del *Evangelio de Mateo*, 24,28: «Donde quiera esté el cadáver, allá se juntarán los buitres.»

<sup>368</sup> Véase antes, en la segunda parte, *De la cordura respecto a los hombres*, y la nota 76. Esta imagen aparece por vez primera en el capítulo *Del amigo*, de la primera parte.

<sup>369</sup> Véase la nota 121.

<sup>370</sup> Véase la nota 14.

<sup>371</sup> «Corazones de carne» es expresión bíblica que aparece en *Ezequiel*, 11, 19-20: «Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis leyes y pongan por obra mis mandatos». También aparece en *2 Corintios*, 3, 3: «Vosotros sois mi carta, escrita en vuestros corazones, carta abierta y leída por todo el mundo. Se os nota que sois carta de Cristo y que yo fui el amanuense no está escrita con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones de carne». Aquí Zaratustra rememora probablemente el segundo de los pasajes citados.

<sup>372</sup> Negación de lo que se dice en el *Apocalipsis*, 22,17: «Quien tenga sed, que se acerque; el que quiera, que tome de balde el agua de la vida».

<sup>373</sup> El sacrificio de las primicias es de origen bíblico. Véase *Éxodo*, 23, 19: «Llevarás a la casa del Señor, tu Dios, las primicias de tus frutos».

<sup>374</sup> Juego de palabras, en alemán, entre los verbos *gehörchen* (obedecer) -en el que aparece *hören* (oír, escuchar)- y *hören* (oír).

<sup>375</sup> Frase de Heraclito. En este 8 hace Nietzsche un uso muy peculiar de la contraposición entre Heraclito y Parménides, según los viejos textos griegos. Por otra parte, todo el decorado figurativo se apoya en dos frases populares alemanas que aparecen aquí textualmente: *das Wasser hat keine Balken* (literal: «el agua no tiene maderos»), pero que corresponde aproximadamente a la expresión castellana «el mar es muy traidor»), e *ins Wasser fallen* (literal: «caer al agua», pero en el sentido de «irse al agua», «malograrse algo»).

<sup>376</sup> Remedio de *Jeremías*, 16, 6: «El Señor me dijo: Predica estas palabras en los pueblos de Judá y en las callejas de Jerusalén».

<sup>377</sup> Cita de *Éxodo*, 20. Estas dos prohibiciones aparecen en las «tablas» viejas.

<sup>378</sup> Véase antes, *De los apóstatas*, 2.

<sup>379</sup> En la cuarta parte, *Coloquio con los reyes*, el oír cómo uno de los reyes repite esta frase suya hará salir a Zaratustra de su escondite.

<sup>380</sup> «Flamencos»: este mordaz calificativo que Zaratustra da aquí a los cortesanos lo aplicará a los reyes en la cuarta parte, *Coloquio con los reyes*.

<sup>381</sup> Alusión a la «tierra prometida» de los hebreos. Véase la nota 278.

<sup>382</sup> Alusión a las cruzadas.

<sup>383</sup> Véase, en la segunda parte, *Del país de la cultura*, y la nota 218. La frase siguiente es perífrasis, con cambio de sentido, de *Éxodo*, 20, 5: «Yo Yahvé... castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta en la tercera y la cuarta generación.»

<sup>384</sup> Véase la nota 248.

<sup>385</sup> *Stroh dreschen* («trillar paja») tiene un significado obvio: trabajar y no sacar nada. En alemán tiene además el significado de «decir trivialidades». Así se entiende mejor la referencia a los «parloteos».

<sup>386</sup> *Das Maul verbinden* (amordazar el hocico, poner el bozal) es frase empleada por Lutero, en su traducción de la Biblia; véase *Deuteronomio*, 25, 4: «No le pondrás bozal al buey que trilla».



<sup>387</sup> Cita literal de *Tito*, 1, 15: «Para el puro todo es puro; en cambio, para el sucio y falto de fe no hay nada puro: hasta la mente y la conciencia las tiene sucias».

<sup>388</sup> Con esta misma frase comienza también el capítulo de la segunda parte titulado *De la chusma*.

<sup>389</sup> Véase la nota 304.

<sup>390</sup> «La barca de la muerte» es expresión que viene de la Antigüedad clásica: Caronte llevaba en su barca los muertos al Hades.

<sup>391</sup> Remedo del *Evangelio de Lucas*, 16, 21: «Hasta los perros venían y lamían sus úlceras» (aplicado al mendigo Lázaro).

<sup>392</sup> Paráfrasis irónica de lo narrado en el Antiguo Testamento, *Ezequiel*, 8, 3: «Y Yahvé alargó una a manera de mano y me cogió por los cabellos y el espíritu me elevó entre la tierra y el cielo y me condujo a Jerusalén en éxtasis».

<sup>393</sup> Véase, en esta tercera parte, *Del espíritu de la pesadez*.

<sup>394</sup> En *Ecce homo* cita Nietzsche el párrafo que va desde «el alma, en efecto, que posee la escala más alta...» hasta aquí, y añade: «pero esto es el concepto mismo de Dioniso».

<sup>395</sup> Cita del *Evangelio de Juan*, 13, 14: «Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros los pies unos a otros. Porque yo os he dado ejemplo vosotros obréis según mi ejemplo».

<sup>396</sup> Véase, en la primera parte, *De la guerra y el pueblo guerrero*.

<sup>397</sup> Los dos vocablos empleados por Nietzsche (*dreinschaun*, *dreinhaun*) explican mejor, con su sonido similar, la afirmación de que «es una sola cosa».

<sup>398</sup> «Ya no es tiempo de reyes»: cita de Hölderlin, *La muerte de Empédocles*.

<sup>399</sup> Para entender mejor los dos párrafos anteriores es necesario conocer los varios juegos de palabras que en ellos se entrega Nietzsche. Está en primer lugar, el verbo *schliessen*, que puede tener al menos tres significados, empleados sucesivamente por Nietzsche: (*Ehe*)*schliessen*: casarse, enlace matrimonial; *schliessen*: sacar una conclusión; *schliessen*: soldar.

Por eso dice Nietzsche: tened cuidado de que vuestro *schliessen* (enlace) matrimonial no sea un mal *schliessen* (conclusión precipitada), pues si vuestro *schliessen* (soldar) ha sido muy rápido, puede romperse (*brechen*). Aquí entra el segundo juego de palabras, ya que (*Ehe*)*brechen* significa: cometer adulterio. En síntesis: aquel casamiento que, por ser una conclusión precipitada, está mal soldado, se romperá con el adulterio.

El juego de palabras continúa. Dice Nietzsche: es mejor *brechen* (romper) el matrimonio con el adulterio que no *biegen* (torcerlo). En este momento Nietzsche introduce dos palabras inventadas por él, por analogía con *Ehe-brechen*, en las que se da además una aliteración: *Ehe-biegen* (convertir el matrimonio en algo torcido) y *Ehe-lügen* (convertir el matrimonio en una mentira). Y por fin, el último juego verbal. Dice una mujer: yo he adulterado (*[Ehe]brechen*), pero antes el matrimonio me había roto (*brechen*) a mí. Aquí habría que añadir otro matiz, cuando Nietzsche dice que de un mal *schliessen* (sacar una conclusión, derivar, seguirse una conclusión) se sigue (*folgt*) una ruptura de esa conclusión.

<sup>400</sup> Nuevo juego de palabras: el verbo *versprechen* significa «prometer» y también «equivocarse (al hablar)»; Nietzsche lo enlaza con *versehen*, de formación similar, que significa «equivocarse (al mirar)». Es decir: tes que nuestra equivocación al hablar (o también nuestro prometer) es ya también una equivocación al mirar?

<sup>401</sup> Véase la nota 250.

<sup>402</sup> Alusión a la teoría del «contrato social» de Rousseau.

<sup>403</sup> Este «uno» aludido por Zarathustra es evidentemente Jesús, lo que se corrobora con la posterior referencia a la crucifixión.

<sup>404</sup> Véase la nota 29.

<sup>405</sup> Este «segundo» descubridor del fariseísmo de los buenos y justos es Zarathustra-Nietzsche.

<sup>406</sup> Véase la nota 33.

<sup>407</sup> Véase el *Prólogo de Zarathustra*, 5, y la nota 22.

<sup>408</sup> «Nacer en la mentira» (en el pecado) es expresión bíblica. Véase el *Salmo* 51,7: «Mira, en culpa nací y en pecado me engendró mi madre».

<sup>409</sup> El texto de este 29 es reproducido por Nietzsche al final de su obra *Crepúsculo de los ídolos*, como epílogo de ella, con el título de «Habla el martillo».

<sup>410</sup> Nietzsche comenta este precepto en *Ecce homo* con las siguientes palabras: «El imperativo “¡endureceos!”, la más honda certeza de que *todos los creadores son duros*, es el auténtico indicio de una naturaleza dionisiaca».

<sup>411</sup> Véase la nota 129.

<sup>412</sup> Juego de palabras, en alemán, entre *Schickung* (providencia) y *Schicksal* (destino), de idéntica raíz.

**El convaleciente**<sup>413</sup>

Una mañana, no mucho tiempo después de su regreso a la caverna, Zaratustra saltó de su lecho como un loco, gritó con voz terrible e hizo gestos como si en el lecho yaciese todavía alguien que no quisiera levantarse de allí; y tanto resonó la voz de Zaratustra que sus animales acudieron asustados, y de todas las cavernas y escondrijos que estaban próximos a la caverna de Zaratustra escaparon todos los animales, - volando, revoloteando, arrastrándose, saltando, según que les hubiesen tocado en suerte patas o alas. Y Zaratustra dijo estas palabras:

¡Sube, pensamiento abismal, de mi profundidad! Yo soy tu gallo y tu crepúsculo matutino, gusano adormilado: ¡arriba!, ¡arriba! ¡Mi voz debe desvelarte ya con su canto de gallo!

¡Desátate las ataduras de tus oídos: escucha! ¡Pues yo quiero oírte! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Aquí hay truenos bastantes para que también los sepulcros aprendan a escuchar!

¡Y borra de tus ojos el sueño y toda imbecilidad, toda ceguera! óyeme también con tus ojos: mi voz es una medicina incluso para ciegos de nacimiento.

Y una vez que te hayas despertado deberás permanecer eternamente despierto. No es *mi* hábito despertar del sueño a tatarabuelas para decirles - ¡que sigan durmiendo!<sup>414</sup>

¿Te mueves, te desperezas, ronroneas? ¡Arriba! ¡Arriba! ¡No roncar - hablarme es lo que debes! ¡Te llama Zaratustra el ateo!

¡Yo Zaratustra, el abogado de la vida, el abogado del sufrimiento, el abogado del círculo<sup>415</sup> - te llamo a ti, al más abismal de mis pensamientos!

¡Dichoso de mí! Vienes - ¡te oigo! ¡Mi abismo *habla*, he hecho girar a mi última profundidad para que mire hacia la luz!

¡Dichoso de mí! ¡Ven! Dame la mano - - ¡ay! ¡deja!, ¡ay, ay! - - náusea, náusea, náusea - - - ¡ay de mí!

Y apenas había dicho Zaratustra estas palabras cayó al suelo como un muerto y permaneció largo tiempo como un muerto. Mas cuando volvió en sí estaba pálido y temblaba y permaneció tendido y durante largo tiempo no quiso comer ni beber. Esto duró en él siete días; mas sus animales no lo abandonaron ni de día ni de noche, excepto que el águila volaba fuera a recoger comida. Y lo que recogía y robaba colocábalo en el lecho de Zaratustra: de modo que éste acabó por yacer entre amarillas y rojas bayas, racimos de uvas, manzanas de rosa<sup>416</sup>, hierbas aromáticas y piñas. Y a sus pies estaban extendidos dos corderos<sup>417</sup> que el águila había arrebatado con gran esfuerzo a sus pastores.

Por fin, al cabo de siete días, Zaratustra se irguió en su lecho, tomó en la mano una manzana de rosa, la olió y encontró agradable su olor. Entonces creyeron sus animales que había llegado el tiempo de hablar con él.

«Oh Zaratustra, dijeron, hace ya siete días que estás así tendido, con pesadez en los ojos: ¿no quieres por fin ponerte otra vez de pie?

Sal de tu caverna: el mundo te aguarda como un jardín. El viento juega con densos aromas que quieren venir hasta ti; y todos los arroyos quisieran correr detrás de ti.

Todas las cosas sienten anhelo de ti, porque has permanecido solo siete días, - ¡sal fuera de tu caverna! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!

¿Es que ha venido a ti un nuevo conocimiento, un conocimiento ácido, pesado? Como masa acedada yacías tú ahí, tu alma se hinchaba y rebosaba por todos sus bordes.» -

- ¡Oh animales míos, respondió Zaratustra, seguid parloteando así y dejad que os escuche! Me reconforta que parloteéis: donde se parlotea, allí el mundo se extiende ante mí como un jardín.

Qué agradable es que existan palabras y sonidos: ¿palabras y sonidos no son acaso arcos iris y puentes ilusorios tendidos entre lo eternamente separado?

A cada alma le pertenece un mundo distinto; para cada alma es toda otra alma un tras-mundo.

Entre las cosas más semejantes es precisamente donde la ilusión miente del modo más hermoso; pues el abismo más pequeño es el más difícil de salvar<sup>418</sup>.

Para mí - ¿cómo podría haber un fuera-de-mí? ¡No existe ningún fuera! Mas esto lo olvidamos tan pronto como vibran los sonidos; ¡qué agradable es olvidar esto!

¿No se les han regalado acaso a las cosas nombres y sonidos para que el hombre se reconforte en las cosas? Una hermosa necedad es el hablar: al hablar, el hombre baila sobre todas las cosas.

¡Qué agradables son todo hablar y todas las mentiras de los sonidos! Con sonidos baila nuestro amor sobre multicolores arcos iris. -

- «Oh Zaratustra, dijeron a esto los animales, todas las cosas mismas bailan para quienes piensan como nosotros: vienen y se tienden la mano, y ríen, y huyen - y vuelven.

Todo va, todo vuelve; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente corre el año del ser.

Todo se rompe, todo se recompone; eternamente se construye a sí misma la misma casa del ser. Todo se despide, todo vuelve a saludarse; eternamente permanece fiel a sí el anillo del ser.

En cada instante comienza el ser; en torno a todo “Aquí” gira la esfera “Allá”. El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad.» -

- ¡Oh truhanes y organillos de manubrio!, respondió Zaratustra y de nuevo sonrió, qué bien sabéis lo que tuvo que cumplirse durante siete días: - <sup>419</sup>

- ¡Y cómo aquel monstruo se deslizó en mi garganta y me estranguló! Pero yo le mordí la cabeza y la escupí lejos de mí. Y vosotros, - ¿vosotros habéis hecho ya de ello una canción de organillo? Mas ahora yo estoy aquí tendido, fatigado aún de ese morder y escupir lejos, enfermo todavía de la propia redención.

¿Y vosotros habéis sido espectadores de todo esto? Oh animales míos, ¿también vosotros sois crueles? ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor, como hacen los hombres? El hombre es, en efecto, el más cruel de todos los animales.

Como más a gusto se ha sentido hasta ahora el hombre en la tierra ha sido asistiendo a tragedias, corridas de toros y crucifixiones; y cuando inventó el infierno, he aquí que éste fue su cielo en la tierra.

Cuando el gran hombre grita- : apresúrase el pequeño a acudir; y de avidez le cuelga la lengua fuera del cuello. Mas él a esto lo llama su «compasión».

El hombre pequeño, sobre todo el poeta, - ¡con qué vehemencia acusa él a la vida con palabras! ¡Escuchadle, pero no dejéis de oír el placer qué hay en todo acusar!

A esos acusadores de la vida: la vida los supera con un simple parpadeo. «¿Me amas?, dice la descarada; espera un poco, aún no tengo tiempo para ti.»

El hombre es consigo el más cruel de los animales; y en todo lo que a sí mismo se llama «pecador» y dice que «lleva la cruz» y que es un «penitente», ¡no dejéis de oír la voluptuosidad que hay en ese lamentarse y acusar!

Yo mismo - ¿quiero ser con esto el acusador del hombre? Ay, animales míos, esto es lo único que he aprendido hasta ahora, que el hombre necesita, para sus mejores cosas, de lo peor que hay en él, -

- que todo lo peor es su mejor *fuerza* y la piedra más dura para el supremo creador; y que el hombre tiene que hacerse más bueno y más malvado: -

El leño de martirio a que yo estaba sujeto no era *el que yo supiese*: el hombre es malvado, - sino el que yo gritase como nadie ha gritado aún:

«¡Ay, qué pequeñas son incluso sus peores cosas! ¡Ay, qué pequeñas son incluso sus mejores cosas!»

El gran hastío del hombre - él era el que me estrangulaba y el que se me había deslizado en la garganta: y lo que el adivino había profetizado: «Todo es igual, nada merece la pena, el saber estrangula»<sup>420</sup>.

Un gran crepúsculo iba cojeando delante de mí, una tristeza mortalmente cansada, ebria de muerte, que hablaba con una boca bostezante.

«Eternamente retorna él, el hombre del que tú estás cansado, el hombre pequeño» - así bostezaba mi tristeza y arrastraba el pie y no podía adormecerse.

En una oquedad se transformó para mí la tierra de los hombres, su pecho se hundió, todo lo vivo convirtiéndose para mí en putrefacción humana y en huesos y en caduco pasado.

Mi suspirar estaba sentado sobre todos los sepulcros de los hombres y no podía ponerse de pie; mi suspirar y mi preguntar lanzaban presagios siniestros y estrangulaban y roían y se lamentaban día y noche:

- «¡Ay, el hombre retorna eternamente! ¡El hombre pequeño retorna eternamente!» -

Desnudos había visto yo en otro tiempo<sup>421</sup> a ambos, al hombre más grande y al hombre más pequeño: demasiado semejantes entre sí, - ¡demasiado humano incluso el más grande!

¡Demasiado pequeño el más grande! - ¡Éste era mi hastío del hombre! ¡Y el eterno retorno también del más pequeño! - ¡Éste era mi hastío de toda existencia!

Ay, ¡náusea! ¡náusea! ¡náusea! - - Así habló Zaratustra, y suspiró y tembló; pues se acordaba de su enfermedad. Mas entonces sus animales no le dejaron seguir hablando.

«¡No sigas hablando, convaleciente! - así le respondieron sus animales, sino sal afuera, adonde el mundo te aguarda como un jardín.

¡Sal afuera, a las rosas y a las abejas y a las bandadas de palomas! Y, sobre todo, a los pájaros cantores: ¡para que de ellos aprendas a *cantar*!

Cantar es, en efecto, cosa propia de convalecientes; al sano le gusta hablar. Y aun cuando también el sano quiere canciones, quiere, sin embargo, distintas canciones que el convaleciente.»

- «¡Oh truhanes y organillos de manubrio, callad! - respondió Zaratustra y se sonrió de sus animales. ¡Qué bien sabéis el consuelo que inventé para mí durante siete días!

El tener que cantar de nuevo - *ése* fue el consuelo que me inventé, y *ésa* mi curación: ¿queréis acaso vosotros hacer enseguida de ello una canción de organillo?»

- «No sigas hablando, volvieron a responderle sus animales; es preferible que tú, convaleciente, te prepares primero una lira, ¡una lira nueva!

Pues mira, ¡oh Zaratustra! Para estas nuevas canciones se necesitan liras nuevas.

Canta y cubre los ruidos con tus bramidos, oh Zaratustra, cura tu alma con nuevas canciones: ¡para que puedas llevar tu gran destino, que no ha sido aún el destino de ningún hombre!

Pues tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres tú y quién tienes que llegar a ser: *tú eres el maestro del eterno retorno*<sup>422</sup> -, ¡ése es *tu* destino!

El que tengas que ser el primero en enseñar esta doctrina, - ¡cómo no iba a ser ese gran destino también tu máximo peligro y tu máxima enfermedad!

Mira, nosotros sabemos lo que tú enseñas: que todas las cosas retornan eternamente, y nosotros mismos con ellas, y que nosotros hemos existido ya infinitas veces, y todas las cosas con nosotros.

Tú enseñas que hay un gran año del devenir, un monstruo de gran año: una y otra vez tiene éste que darse la vuelta, lo mismo que un reloj de arena, para volver a transcurrir y a vaciarse: -

- de modo que todos estos años son idénticos a sí mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño, - de modo que nosotros mismos somos idénticos a nosotros mismos en cada gran año, en lo más grande y también en lo más pequeño.

Y si tú quisieras morir ahora, oh Zaratustra: mira, también sabemos cómo te hablarías entonces a ti, mismo: - ¡mas tus animales te ruegan que no mueras todavía!

Hablarías sin temblar, antes bien dando un aliviador suspiro de bienaventuranza: ¡pues una gran pesadez y un gran sofoco se te quitarían de encima a ti, el más paciente de todos los hombres! -

“Ahora muero y desaparezco, dirías, y dentro de un instante seré nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos<sup>423</sup>.

Pero el nudo de las causas, en el cual yo estoy entrelazado, retorna, - ¡él me creará de nuevo! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno.

Vendré otra vez, con este sol, con esta tierra, con este águila, con esta serpiente - *no* a una vida nueva o a una vida mejor o a una vida semejante:

- vendré eternamente de nuevo a esta misma e idéntica vida, en lo más grande y también en lo más pequeño, para enseñar de nuevo el eterno retorno de todas las cosas, -

- para decir de nuevo la palabra del gran mediodía de la tierra y de los hombres, para volver a anunciar el superhombre a los hombres.

He dicho mi palabra, quedo hecho pedazos a causa de ella: así lo quiere mi suerte eterna - , ¡perezco como anunciador!

Ha llegado la hora de que el que se hunde en su ocaso se bendiga a sí mismo. Así - *acaba el ocaso de Zaratustrd*”». <sup>424</sup>

Cuando los animales hubieron dicho estas palabras callaron y aguardaron a que Zaratustra les dijese algo: mas Zaratustra no oyó que ellos callaban. Antes bien, yacía en silencio, con los ojos cerrados, semejante a un durmiente, aunque ya no dormía: pues se hallaba en conversación con su alma. Pero la serpiente y el águila, al encontrarlo tan silencioso, honraron el gran silencio que lo rodeaba y se alejaron con cuidado.

<sup>413</sup> Otro título pensado por Nietzsche para este capítulo fue *La evocación*. El presente apartado desarrolla la idea del «eterno retorno de lo idéntico», ya aparecida en *De la visión y enigma*.

<sup>414</sup> Alusión irónica al comienzo del acto tercero de la ópera Sigfrido, de Wagner, en que el dios Wotan saca de su sueño a Erda, la Madre Primigenia, la cual vuelve a quedar dormida tras un breve coloquio.

<sup>415</sup> La más completa autodefinición de Zaratustra y uno de los textos capitales de esta obra.

<sup>416</sup> La «manzana de rosa» es fruto que aparece varias veces en *Así habló Zaratustra*. Quizá sea un símbolo del mundo. Esto puede quedar corroborado por el paralelismo entre la frase que viene poco después: «Zaratustra... tomó en la mano una manzana de rosa, la olió y encontró agradable su olor», y la frase del *Génesis*, 1, 31: «Entonces vio Dios todo cuanto había hecho, y encontró que estaba bien.»

<sup>417</sup> Estos dos corderos son los que más tarde serán sacrificados para que Zaratustra y los «hombres superiores» que han acudido a su caverna celebren la Cena. Véase, en la cuarta parte, *La Cena*.

<sup>418</sup> Véase, en la segunda parte, *La canción de la noche*.

<sup>419</sup> Véase, en la tercera parte, *De la visión y enigma*, 2.

<sup>420</sup> Véase la nota 248.

<sup>421</sup> Véase, en la segunda parte, *De los sacerdotes*, 146.

<sup>422</sup> Remedo de la confesión de Pedro a Jesús: «Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente»; véase el *Evangelio de Mateo*, 16, 16.

<sup>423</sup> Véase lo que Zaratustra dice al volatinero al comienzo de la obra, *Prólogo de Zaratustra*, 6, y la nota 26.

<sup>424</sup> Véase la nota 6.

### **Del gran anhelo**<sup>425</sup>

Oh alma mía<sup>426</sup>, yo te he enseñado a decir «Hoy» como se dice «Alguna vez» y «En otro tiempo» y a bailar tu ronda por encima de todo Aquí y Ahí y Allá.

Oh alma mía, yo te he redimido de todos los rincones, yo he apartado de ti el polvo, las arañas y la penumbra.

Oh alma mía, yo te he lavado del pequeño pudor y de la virtud de los rincones y te persuadí a estar desnuda ante los ojos del sol.

Con la tempestad llamada «Espíritu» soplé sobre tu mar agitado; todas las nubes las expulsé de él soplando, estrangulé incluso al estrangulador llamado «Pecado».

Oh alma mía, te he dado el derecho de decir no como la tempestad y de decir sí como dice sí el cielo abierto: silenciosa como la luz te encuentras ahora, y caminas a través de tempestades de negación.

Oh alma mía, te he devuelto la libertad sobre lo creado y lo increado: ¿y quién conoce la voluptuosidad de lo futuro como tú la conoces?

Oh alma mía, te he enseñado el despreciar que no viene como una carcoma, el grande, amoroso despreciar, que ama máximamente allí donde máximamente desprecia.

Oh alma mía, te he enseñado a persuadir de tal modo que persuades a venir a ti a los argumentos mismos: semejante al sol, que persuade al mar a subir hasta su altura.

Oh alma mía, he apartado de ti todo obedecer, todo doblar la rodilla y todo llamar «señor» a otro, te he dado a ti misma el nombre «Viraje de la necesidad»<sup>427</sup> y «Destino».

Oh alma mía, te he dado nuevos nombres y juguetes multicolores, te he llamado «Destino» y «Contorno de los contornos» y «Ombligo del tiempo» y «Campana azur».

Oh alma mía, a tu terruño le he dado a beber toda sabiduría, todos los vinos nuevos y también todos los vinos fuertes, inmemorialmente viejos, de la sabiduría.

Oh alma mía, todo sol lo he derramado sobre ti, y toda noche y todo callar y todo anhelo: - así has crecido para mí cual una viña.

Oh alma mía, inmensamente rica y pesada te encuentras ahora, como una viña, con hinchadas ubres y densos y dorados racimos de oro: -

- apretada y oprimida por tu felicidad, aguardando a causa de tu sobreabundancia, y avergonzada incluso de tu aguardar.

¡Oh alma mía, en ninguna parte hay ahora un alma que sea más amorosa y más comprensiva y más amplia que tú! El futuro y el pasado ¿dónde estarían más próximos y juntos que en ti?

Oh alma mía, te he dado todo, y todas mis manos se han vaciado por ti: - ¡y ahora! Ahora me dices, sonriente y llena de melancolía: «¿Quién de nosotros tiene que dar las gracias?» -

- ¿el que da no tiene que agradecer que el que toma tome? ¿Hacer regalos no es una necesidad? ¿Tomar no es - un apiadarse?» -

Oh alma mía, comprendo la sonrisa de tu melancolía: ¡También tu inmensa riqueza extiende ahora manos anhelantes!

¡Tu plenitud mira por encima de mares rugientes y busca y aguarda; el anhelo de la sobreplenitud mira desde el cielo de tus ojos sonrientes!

¡Y, en verdad, oh alma mía! ¿Quién vería tu sonrisa y no se desharía en lágrimas? Los ángeles mismos se deshacen en lágrimas a causa de la sobrebondad de tu sonrisa.

Tu bondad y tu sobrebondad son las que no quieren lamentarse y llorar: y, sin embargo, oh alma mía, tu sonrisa anhela las lágrimas, y tu boca trémula, los sollozos.

«¿No es todo llorar un lamentarse? ¿Y no es todo lamentarse un acusar?» Así te hablas a ti misma, y por ello, oh alma mía, prefieres sonreír a desahogar tu sufrimiento,

- ¡a desahogar en torrentes de lágrimas todo el sufrimiento que te causan tu plenitud y todos los apremios de la viña para que vengan viñadores y podadores!

Pero tú no quieres llorar, no quieres desahogar en lágrimas tu purpúrea melancolía, ¡por eso tienes que *cantar*, oh alma mía! - Mira, yo mismo sonrío, yo te predije estas cosas:

- cantar, con un canto rugiente, hasta que todos los mares se callen para escuchar tu anhelo, -

- hasta que sobre silenciosos y anhelantes mares se balancee la barca, el áureo prodigio, en torno a cuyo oro dan brincos todas las cosas malas y prodigiosas: -

- también muchos animales grandes y pequeños, y todo lo que tiene prodigiosos pies ligeros para poder correr sobre senderos de color violeta, -

- hacia el áureo prodigio, hacia la barca voluntaria y su dueño: pero éste es el vendimiador, que aguarda con una podadera de diamante<sup>428</sup> -

- tu gran liberador, oh alma mía, el sin-nombre - - ¡al que sólo cantos futuros encontrarán un nombre! Y, en verdad, tu aliento tiene ya el perfume de cantos futuros, -

- ¡ya tú ardes y sueñas, ya bebes tú, sedienta, de todos los consoladores pozos de sonoras profundidades, ya descansa tu melancolía en la bienaventuranza de cantos futuros! - -

Oh alma mía, ahora te he dado todo, e incluso lo último que tenía, y todas mis manos se han vaciado por ti: - ¡*el mandarte cantar*, mira, esto era mi última cosa!

El mandarte cantar, y ahora habla, di: ¿*quién* de nosotros tiene ahora - que dar las gracias? - O mejor: ¡canta para mí, canta, oh alma mía! ¡Y déjame que sea yo el que dé las gracias! -

Así habló Zaratustra.

<sup>425</sup> Otro título anotado por Nietzsche en sus manuscritos para este apartado era el de *Ariadna*, al que correspondía más adelante otro apartado titulado *Dioniso* (que ahora es *Los siete sellos*).

<sup>426</sup> «Oh alma mía» es invocación bíblica que aparece en los salmos. Véase, por ejemplo, el *Salmo*, 103, 1.

<sup>427</sup> Sobre «viraje de la necesidad» véase la nota 129.

<sup>428</sup> De manera encubierta hay en estas palabras una alusión a Dioniso. Este, en efecto, es representado en ocasiones como un viñador que viene en barco con una podadera en la mano para podar sus vides (así está representado en la copa de Exekias, del siglo VI, que se conserva en Munich). La vid, cargada de racimos, que anhela la llegada del viñador, es Ariadna (alma de Zaratustra). El viñador con la podadera es imagen que aparece también en el *Apocalipsis*. Véase *Apocalipsis*, 14, 18: «¡Echa tu afilada podadera y vendimia los racimos de la viña de la tierra, pues llegaron a sazón sus uvas!» Es posible que en el ánimo de Nietzsche se fundiesen ambas evocaciones.

## La otra canción del baile

1

«En tus ojos he mirado hace un momento, oh vida<sup>429</sup>: oro he visto centellear en tus nocturnos ojos, - mi corazón se quedó paralizado ante esa voluptuosidad:

- ¡una barca de oro he visto centellear sobre aguas nocturnas, una balanceante barca de oro que se hundía, bebía agua, tornaba a hacer señas!

A mi pie, furioso de bailar, lanzaste una mirada, una balanceante mirada que reía, preguntaba, derretía:

Sólo dos veces agitaste tus castañuelas con pequeñas manos - entonces se balanceó ya mi pie con furia de bailar.

Mis talones se irguieron, los dedos de mis pies escuchaban para comprenderte: lleva, en efecto, quien baila sus oídos - ¡en los dedos de sus pies!

Hacia ti di un salto: tú retrocediste huyendo de él; ¡y hacia mí lanzó llamas la lengua de tus flotantes cabellos fugitivos!

Di un salto apartándome de ti y de tus serpientes: entonces tú te detuviste, medio vuelta, los ojos llenos de deseo.

Con miradas sinuosas - me enseñas senderos sinuosos; en ellos mi pie aprende - ¡justicias!

Te temo cercana, te amo lejana; tu huida me atrae, tu buscar me hace detenerme: - yo sufro, ¡mas qué no he sufrido con gusto por ti!

Cuya frialdad inflama, cuyo odio seduce, cuya huida ata, cuya burla - conmueve:

- ¡quién no te odiaría a ti, gran atadora, envolvente, tentadora, buscadora, encontradora! ¡Quién no te amaría a ti, pecadora inocente, impaciente, rápida como el viento, de ojos infantiles!

¿Hacia dónde me arrastras ahora, criatura prodigiosa y niña traviesa? ¡Y ahora vuelves a huir de mí, dulce presa y niña ingrata!

Te sigo bailando, te sigo incluso sobre una pequeña huella. ¿Dónde estás? ¡Dame la mano! ¡O un dedo tan sólo!

Aquí hay cavernas y espesas malezas: ¡nos extraviaremos! - ¡Alto! ¡Párate! ¿No ves revolotear búhos y murciélagos?

¡Tú búho! ¡Tú murciélago! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? De los perros has aprendido este aullar y ladrar.

¡Tú me gruñes cariñosamente con blancos dientecillos, tus malvados ojos saltan hacia mí desde ensortijadas melenitas!

Éste es un baile a campo traviesa: yo soy el cazador - ¿tú quieres ser mi perro, o mi gamuza?

¡Ahora, a mi lado! ¡Y rápido, maligna saltadora!

¡Ahora, arriba! ¡Y al otro lado! - ¡Ay! - ¡Me he caído yo mismo al saltar!

¡Oh, mírame yacer en el suelo, tú arrogancia, e implorar gracia! ¡Me gustaría recorrer contigo - senderos más agradables!

- ¡senderos del amor, a través de silenciosos bosquecillos multicolores! O allí a lo largo del lago: ¡allí nadan y bailan peces dorados!

¿Ahora estás cansada? Allí arriba hay ovejas y atardeceres: ¿no es hermoso dormir cuando los pastores tocan la flauta?

¿Tan cansada estás? ¡Yo te llevo, deja tan sólo caer los brazos! Y si tienes sed, - yo tendría sin duda algo, ¡mas tu boca no quiere beberlo! -

- ¡Oh esta maldita, ágil, flexible serpiente y bruja escurridiza! ¿Adónde has ido? ¡Mas en la cara siento, de tu mano, dos huellas y manchas rojas!

¡Estoy en verdad cansado de ser siempre tu estúpido pastor! Tú bruja, hasta ahora he cantado yo para ti, ahora tú debes - ¡gritar para mí!

¡Al compás de mi látigo debes bailar y gritar para mí! «Acaso he olvidado el látigo? - ¡No!»<sup>430</sup>

Entonces la vida me respondió así, y al hacerlo se tapaba los graciosos oídos:

«¡Oh Zaratustra! ¡No chasquees tan horriblemente el látigo! Tú lo sabes bien: el ruido asesina los pensamientos - y ahora precisamente me vienen pensamientos tan gráciles.

Nosotros somos, ambos, dos haraganes que no hacemos ni bien ni mal. Más allá del bien y del mal hemos encontrado nuestro islote y nuestro verde prado - ¡nosotros dos solos! ¡Ya por ello tenemos que ser buenos el uno para el otro!



Y aunque no nos amemos a fondo -, ¿es necesario guardarse rencor si no se ama a fondo?

Y que yo soy buena contigo, y a menudo demasiado buena, eso lo sabes tú: y la razón es que estoy celosa de tu sabiduría. ¡Ay, esa loca y vieja necia de la sabiduría!

Si alguna vez se apartase de ti tu sabiduría, ¡ay!, entonces se apartaría de ti rápidamente también mi amor.» -

En este punto la vida miró pensativa detrás de sí y en torno a sí y dijo en voz baja: «¡Oh Zaratustra, tú no me eres bastante fiel!

No me amas ni mucho menos tanto como dices, yo lo sé, tú piensas que pronto vas a abandonarme.

Hay una vieja, pesada, pesada campana retumbante<sup>431</sup>: ella retumba por la noche y su sonido asciende hasta tu caverna: -

- cuando a medianoche oyes dar la hora a esa campana, tú piensas en esto entre la una y las doce -

- tú piensas en esto, oh Zaratustra, yo lo sé, ¡en que pronto vas a abandonarme!»

«Sí, contesté yo titubeante, pero tú sabes también esto.» - Y le dije algo al oído, por entre los alborotados, amarillos, insensatos mechones de su cabello.

«¿Tú *sabes* eso, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie.» - -

Y nos miramos uno a otro y contemplamos el verde prado, sobre el cual empezaba a correr el fresco atardecer, y lloramos juntos. - Entonces, sin embargo, me fue la vida más querida que lo que nunca me lo ha sido toda mi sabiduría. -

Así habló Zaratustra.

3<sup>432</sup>

*¡Una!*

¡Oh hombre! ¡Presta atención!

*¡Dos!*

¿Qué dice la profunda medianoche?

*¡Tres!*

«Yo dormía, dormía -,

*¡Cuatro!*

De un profundo soñar me he despertado: -

*¡Cinco!*

El mundo es profundo,

*¡Seis!*

Y más profundo de lo que el día ha pensado.

*¡Siete!*

Profundo es su dolor -,

*¡Ocho!*

El placer - es aún más profundo que el sufrimiento:

*¡Nueve!*

El dolor dice: ¡Pasa!

*¡Diez!*

Mas todo placer quiere eternidad -,

*¡Once!*

- ¡quiere profunda, profunda eternidad!»

*¡Doce!*

<sup>429</sup> Con estas mismas palabras comienza *La canción del baile*.

<sup>430</sup> Aquí reaparece el «látigo» al que se alude en la primera parte, al final del capítulo *De viejecillas y jovencillas*.

<sup>431</sup> Esta campana de medianoche reaparecerá en la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*.

<sup>432</sup> Dos de los versos de esta poesía (el quinto y el sexto) han aparecido ya con anterioridad, aisladamente, en *Antes de la salida del sol*. En la cuarta parte, *La canción del noctámbulo*, Zaratustra ofrecerá un amplio glosario, verso por verso, de esta poesía y al final invitará a su acompañante a cantarla con él. Allí la califica de «canto de ronda», le da el título de *Otra vez* y dice que su sentido es «¡Por toda la eternidad!»

## **Los siete sellos (O: La canción «Sí y Amén »)**<sup>433</sup>

1

Si yo soy un adivino y estoy lleno de aquel espíritu vaticinador que camina sobre una elevada cresta entre dos mares, -

que camina como una pesada nube entre lo pasado y lo futuro <sup>434</sup>, - hostil a las hondonadas sofocantes y a todo lo que está cansado y no es capaz ni de vivir ni de morir:

dispuesta en su oscuro seno a lanzar el rayo y el redentor resplandor, grávida de rayos que dicen ¡sí!, ríen ¡sí!, dispuesta a lanzar vaticinadores resplandores fulgurantes: -

- ¡bienaventurado el que está grávido de tales cosas! ¡Y, en verdad, mucho tiempo tiene que estar suspendido de la montaña, cual una mala borrasca, quien alguna vez debe encender la luz del futuro! -

Oh, cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - ¡el anillo del retorno!

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si alguna vez mi cólera destrozó sepulcros, desplazó mojones e hizo rodar viejas tablas, ya rotas, a profundidades cortadas a pico:

Si alguna vez mi escarnio aventó palabras enmohecidas y yo vine como una escoba para arañas cruceras y como viento que limpia viejas y sofocantes criptas funerarias:

Si alguna vez me senté jubiloso allí donde yacen enterrados viejos dioses, bendiciendo al mundo, amando al mundo, junto a los monumentos de los viejos calumniadores del mundo: -

- pues yo amo incluso las iglesias y los sepulcros de dioses, a condición de que el cielo mire con su ojo puro a través de sus derruidos techos; me gusta sentarme, como hierba y roja amapola, sobre derruidas iglesias - <sup>435</sup>

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si alguna vez llegó hasta mí un soplo del soplo creador y de aquella celeste necesidad que incluso a los azares obliga a bailar ronda de estrellas:

Si alguna vez reí con la risa del rayo creador, al que gruñendo, pero obediente, sigue el prolongado trueno de la acción: Si alguna vez jugué a los dados con los dioses sobre la divina mesa de la tierra, de tal manera que la tierra tembló y se resquebrajó y arrojó resoplando ríos de fuego: -

pues una mesa de dioses es la tierra, que tiembla con nuevas palabras creadoras y con divinas tiradas de dados: - Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si alguna vez bebí a grandes tragos de aquella espumeante y especiada jarra de mezclar en la que se hallan bien mezcladas todas las cosas:

Si alguna vez mi mano derramó las cosas más remotas sobre las más próximas, y fuego sobre el espíritu, y placer sobre el sufrimiento, y lo más inicuo sobre lo más bondadoso:

Si yo mismo soy un grano de aquella sal redentora que hace que todas las cosas se mezclen bien en aquel jarro: -

- pues hay una sal que liga lo bueno con lo malvado; y hasta lo más malvado es digno de servir de condimento y de última efusión: -

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si yo soy amigo del mar y de todo cuanto es de especie marina, y cuando más amigo suyo soy es cuando, colérico, él me contradice:

Si en mí hay aquel placer indagador que empuja las velas hacia lo no descubierto, si en mi placer hay un placer de navegante:

Si alguna vez mi júbilo gritó: «La costa ha desaparecido, - ahora ha caído mi última cadena -

- lo ilimitado ruge en torno a mí, allá lejos brillan para mí el espacio y el tiempo, ¡bien!, ¡adelante!, ¡viejo corazón!» - Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si mi virtud es la virtud de un bailarín, y a menudo he saltado con ambos pies hacia un éxtasis de oro y esmeralda:

Si mi maldad es una maldad riente, que habita entre colinas de rosas y setos de lirios:

- dentro de la risa, en efecto, se congrega todo lo malvado, pero santificado y absuelto por su propia bienaventuranza: -

Y si mi alfa y mi omega<sup>436</sup> es que todo lo pesado se vuelva ligero, todo cuerpo, bailarín, todo espíritu, pájaro: ¡y en verdad esto es mi alfa y mi omega! -

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

Si alguna vez extendí silenciosos cielos encima de mí, y con alas propias volé hacia cielos propios:

Si yo nadé jugando en profundas lejanías de luz, y mi libertad alcanzó una sabiduría de pájaro: -

- y así es como habla la sabiduría de pájaro: «¡Mira, no hay ni arriba ni abajo! ¡Lánzate de acá para allá, hacia adelante, hacia atrás, tú ligero! ¡Canta!, ¡no sigas hablando!

- ¿Acaso todas las palabras no están hechas para los pesados? ¿No mienten, para quien es ligero, todas las palabras? Canta, ¡no sigas hablando!»

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos, - el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

*¡Pues yo te amo, oh eternidad!*

<sup>433</sup> Tanto «Los siete sellos» como «Sí y amén» son expresiones tomadas del *Apocalipsis*. Véase *Apocalipsis*, 5, 1 y 1, 7, respectivamente.

<sup>434</sup> Las cuatro líneas anteriores son paráfrasis de *Apocalipsis*, 10, 1-2: «Y vi otro ángel fuerte, que bajaba del cielo, envuelto en una nube, y el arco iris por encima de su cabeza, y su semblante como el sol, y sus piernas como columnas de fuego, y tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar,

y el izquierdo sobre la tierra, y clamó con voz potente, como cuando ruge el león». Estas cuatro líneas se repetirán luego en *La canción del noctámbulo*, 2.

<sup>435</sup> Véase, en la segunda parte, *De los sacerdotes*.

<sup>436</sup> Expresión del *Apocalipsis*, 1, 8: «Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el que es y era y ha de venir, el soberano de todo».

## **Cuarta y última parte de Así habló Zaratustra**

Ay, den qué lugar del mundo se han cometido  
tonterías mayores que entre los compasivos? zY qué  
cosa en el mundo ha provocado más sufrimiento que  
las tonterías de los compasivos?  
¡Ay de todos aquellos que aman y no tienen todavía  
una altura que esté por encima de su compasión!  
Así me dijo el demonio una vez: «También Dios  
tiene su infierno: es su amor a los hombres.»  
Y hace poco le oí decir esta frase: «Dios ha muerto;  
a causa de su compasión por los hombres ha muerto  
Dios».

*Así habló Zaratustra (II).*

### **La ofrenda de la miel**

Y de nuevo pasaron lunas y años sobre el alma de Zaratustra, y él no prestaba atención a eso; mas su cabello se volvió blanco. Un día, cuando se hallaba sentado sobre una piedra<sup>437</sup> delante de su caverna y miraba en silencio hacia afuera, - desde allí se ve el mar a lo lejos, al otro lado de abismos tortuosos - sus animales estuvieron dando vueltas, pensativos, a su alrededor y por fin se colocaron delante de él.

«Oh Zaratustra, dijeron, ¿es que buscas con la mirada tu felicidad?»<sup>438</sup> - «¡Qué importa la felicidad!, respondió él, hace ya mucho tiempo que yo no aspiro a la felicidad, aspiro a mi obra.» - «Oh Zaratustra, hablaron de nuevo los animales, dices eso como quien está sobrado de bien. ¿No yaces tú acaso en un lago de felicidad azul como el cielo?» - «Pícaros, respondió Zaratustra, y sonrió, ¡qué bien habéis elegido la imagen! Pero también sabéis que mi felicidad es pesada, y no como una fluida ola de agua: me oprime y no quiere despegarse de mí y se parece a pez derretida.» -

Entonces los animales se pusieron a dar vueltas de nuevo, pensativos, a su alrededor, y otra vez se colocaron delante de él. «Oh Zaratustra, dijeron, ¿a *eso* se debe, pues, el que tú mismo te estés poniendo cada vez más amarillo y oscuro, aunque tu cabello aparente ser blanco y como de lino? ¡Mira, estás sentado en tu pez!» - «¡Qué decís, animales míos, dijo Zaratustra y se rió, en verdad blasfemé cuando hablé de la pez<sup>439</sup>. Lo que a mí me ocurre les ocurre a todos los frutos que maduran. La *miel* que hay en mis venas es lo que vuelve más espesa mi sangre y, también, más silenciosa mi alma.» - «Así será, oh Zaratustra, respondieron los animales, y se arrimaron a él; mas ¿no quieres subir hoy a una alta montaña? El aire es puro, y hoy se ve una parte del mundo mayor que nunca.» - «Sí, animales míos, respondió él, acertado es vuestro consejo y conforme a mi corazón: ¡hoy quiero subir a una alta montaña! Pero cuidado de que allí tenga a mano miel, miel de colmena, amarilla, blanca, buena, fresca como el hielo. Pues sabed que allá arriba quiero hacer la ofrenda de la miel.» -

Sin embargo, cuando Zaratustra estuvo en la cumbre mandó a casa a sus animales, que lo habían acompañado, y vio que entonces estaba solo: - entonces se rió de todo corazón, miró a su alrededor y habló así:

¡El haber hablado de ofrendas, y de ofrendas de miel, fue sólo una argucia oratoria y, en verdad, una tontería útil! Aquí arriba me es lícito hablar con mayor libertad que delante de cavernas de eremitas y de animales domésticos de eremitas.

¡Por qué hacer una ofrenda! Yo derrocho lo que se me regala, yo derrochador de las mil manos: ¡cómo me sería lícito llamar a esto todavía - hacer una ofrenda!

Y cuando yo pedía miel, lo que pedía era tan sólo un cebo y un dulce y viscoso almibar, al que son aficionados incluso los osos gruñones y los pájaros extraños, refunfuñadores, malvados:

- el mejor cebo, cual lo precisan cazadores y pescadores. Pues si el mundo es cual un oscuro bosque lleno de animales, y jardín de delicias de todos los cazadores furtivos, a mí me parece más bien, y aun mejor, un mar rico y lleno de abismos, - un mar lleno de peces y cangrejos de todos los colores, que hasta los dioses sentirían deseos de hacerse pescadores en su orilla y echadores de redes: ¡tan abundante es el mundo en rarezas grandes y pequeñas!

Especialmente el mundo de los hombres, el mar de los hombres: - a él lanzo yo ahora mi caña de oro y digo: ¡ábrete, abismo del hombre!

¡Ábrete y arrójame tus peces y tus centelleantes cangrejos! ¡Con mi mejor cebo pesco yo hoy para mí los más raros peces humanos!

- mi propia felicidad arrójola lejos, a todas las latitudes y lejías, entre el amanecer, el mediodía y el atardecer, a ver si muchos peces humanos aprenden a tirar y morder de mi felicidad.

Hasta que, mordiendo mis afilados anzuelos escondidos, tengan que subir a *mi* altura los más multicolores gobios de los abismos, subir hacia el más maligno de todos los pescadores de hombres<sup>440</sup>.

Pues *eso soy* yo a fondo y desde el comienzo, tirando, atrayendo, levantando, elevando, alguien que tira, que cría y corrige, que no en vano se dijo a sí mismo en otro tiempo: «¡Llega a ser el que eres!»<sup>441</sup>

Así, pues, que los hombres *suban* ahora hasta mí: pues todavía aguardo los signos<sup>442</sup> de que ha llegado el tiempo de mi descenso, todavía no me hundo yo mismo en mi ocaso como tengo que hacerlo, entre los hombres.

A esto aguardo aquí, astuto y burlón, en las altas montañas, ni impaciente ni paciente, sino más bien como quien ha olvidado hasta la paciencia, - porque ya no «padece».

Mi destino me deja tiempo, en efecto: ¿acaso me ha olvidado? ¿O está sentado a la sombra detrás de una gran piedra y se dedica a cazar moscas?

Y, en verdad, le estoy reconocido, a mi eterno destino, de que no me urja ni me apremie y me deje tiempo para bromas y maldades: de modo que hoy he subido a esta alta montaña a pescar peces.

¿Ha pescado un hombre alguna vez peces sobre altas montañas? Y aunque sea una tontería lo que yo quiero y hago aquí arriba: mejor es esto que no volverme solemne allá abajo, a fuerza de aguardar, y verde y amarillo -

- uno que resopla afectadamente de cólera a fuerza de aguardar, una santa tempestad rugiente que baja de las montañas, un impaciente que grita a los valles: «¡Oíd, u os azoto con el látigo de Dios!»

No es que yo me enoje por esto con tales coléricos: ¡me hacen reír bastante! ¡Impacientes tienen que estar esos grandes tambores ruidosos, que o hablan hoy o no hablan nunca!

Mas yo y mi destino - no hablamos al Hoy, tampoco hablamos al Nunca: para hablar tenemos paciencia, y tiempo, y más que tiempo. Pues un día tiene él que venir<sup>443</sup>, y no le será lícito pasar de largo.

¿Quién tiene que venir un día, y no le será lícito pasar de largo? Nuestro gran Hazar, es decir, nuestro grande y remoto reino del hombre, el reino de Zaratustra de los mil años<sup>444</sup>

- -

¿A qué distancia se encuentra ese algo «lejano»? ¡Qué me importa eso! Mas no por ello es para mí menos firme -, con ambos pies estoy yo seguro sobre ese fundamento,

- sobre un fundamento eterno, sobre una dura roca primitiva<sup>445</sup>, sobre estas montañas primitivas, las más elevadas y duras de todas, a las que acuden todos los vientos como a una divisoria meteorológica, preguntando por el ¿dónde? y por el ¿de dónde? y por el ¿hacia dónde?

¡Ríe aquí, ríe, luminosa y saludable maldad mía! ¡Desde las altas montañas arroja hacia abajo tu centelleante risotada burlona! ¡Pesca para mí con tu centelleo los más hermosos peces humanos!

Y lo que en todos los mares a mí me pertenece, mi en-mí y para-mí<sup>446</sup> en todas las cosas, - péscame *eso* y sácalo fuera, sube *eso* hasta mí: eso es lo que aguardo yo, el más maligno de todos los pescadores.

¡Lejos, lejos, anzuelo mío! ¡Dentro, hacia abajo, cebo de mi felicidad! ¡Deja caer gota a gota tu más dulce rocío, miel de mi corazón! ¡Muerde, anzuelo mío, en el vientre de toda negra tribulación!

¡Lejos, lejos, ojos míos! ¡Oh, cuántos mares a mi alrededor, cuántos futuros humanos que alborean! Y por encima de mí - ¡qué calma rosada! ¡Qué silencio despejado de nubes!

<sup>437</sup> Esta piedra situada junto a la salida de la caverna de Zaratustra volverá a ser mencionada en el último capítulo de esta parte, *El signo*. Allí la llama la «gran piedra». Quizás encierre una maliciosa alusión a la «piedra» sobre la que está asentada la Iglesia. Véase antes, *La ofrenda de la miel*, nota 445.

<sup>438</sup> Zaratustra repetirá estas mismas palabras al final de obra. Véase *El signo*.

<sup>439</sup> La palabra alemana *Pech* empleada por Zaratustra tiene el doble sentido de «pez» y de «mala suerte».

<sup>440</sup> Véase la nota 27.

<sup>441</sup> «Llega a ser el que eres» es frase de Píndaro (*Píticas*, II, 72). Nietzsche la utilizó como subtítulo de *Ecce homo*: «Cómo se llega a ser lo que se es».

<sup>442</sup> Los signos que Zaratustra aguarda son la bandada de palomas y el león riente. Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, I, y la nota 364.

<sup>443</sup> En *La genealogía de la moral* describe Nietzsche a «ese que ha de venir» con las siguientes palabras: «Ese hombre del futuro, que nos liberará del ideal existente hasta ahora y asimismo de *lo que tuvo que nacer de ese ideal*, de la gran náusea, de la voluntad de la nada, del nihilismo, ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión, que de nuevo libera la voluntad, que devuelve a la tierra su meta y al hombre su esperanza, ese anticristo y antinihilista, ese vencedor de Dios y de la nada *-alguna vez tiene que llegar*».

<sup>444</sup> «Hazar» significa período de mil años. Al usar la expresión bíblica de «reino de los mil años» (*Apocalipsis*, 20) Zaratustra contrapone implícitamente el «reino del hombre» al «reino de Dios», como en otra ocasión opuso el «reino de la tierra» al «reino de los cielos».

<sup>445</sup> Sigue la contraposición implícita entre el «reino del hombre» y el «reino de Dios». También la Iglesia está «edificada sobre una piedra» (véase *Evangelio de Mateo*, 16, 18).

<sup>446</sup> Véase la nota 53.

## El grito de socorro<sup>447</sup>

Al día siguiente estaba sentado Zaratustra de nuevo en su piedra delante de la caverna mientras los animales andaban fuera errantes por el mundo para traer nuevo alimento, - también nueva miel: pues Zaratustra había consumido y derrochado la vieja miel hasta la última gota. Y mientras se hallaba así sentado, con un bastón en la mano, y dibujaba so-

<sup>521</sup> Cita paródica del *Evangelio de Mateo*, 4, 4: «El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

<sup>522</sup> Sobre la procedencia de estos dos corderos véase, en la tercera parte, *El convaleciente*, 2.

<sup>523</sup> Si se tiene en cuenta que Jesús es llamado también «el Cordero», se verá que el antagonismo entre esta Cena y la evangélica alcanza aquí su cumbre.

<sup>524</sup> Véase, en la primera parte, *Del nuevo ídolo*, p. 89.

<sup>525</sup> Véase, en la primera parte, *De los compasivos*, p. 140.

## Del hombre superior

### 1

Cuando por primera vez fui a los hombres cometí la tontería propia de los eremitas, la gran tontería: me instalé en el mercado.

Y cuando hablaba a todos no hablaba a nadie<sup>526</sup>. Y por la noche tuve como compañeros a volatineros y cadáveres; y yo mismo era casi un cadáver.

Mas a la mañana siguiente llegó a mí una nueva verdad: entonces aprendí a decir «¡Qué me importan el mercado y la plebe y el ruido de la plebe y las largas orejas de la plebe!»

Vosotros hombres superiores, aprended esto de mí: en el mercado nadie cree en hombres superiores. Y si queréis hablar allí, ¡bien! Pero la plebe dirá parpadeando «todos somos iguales».

«Vosotros hombres superiores, - así dice la plebe parpadeando - no existen hombres superiores, todos somos iguales, el hombre no es más que hombre, ¡ante Dios - todos somos iguales!»

¡Ante Dios! - Mas ahora ese Dios ha muerto. Y ante la plebe nosotros no queremos ser iguales. ¡Vosotros hombres superiores, marchaos del mercado!

### 2

¡Ante Dios! - ¡Mas ahora ese Dios ha muerto! Vosotros hombres superiores, ese Dios era vuestro máximo peligro.

Sólo desde que él yace en la tumba habéis vuelto vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía<sup>527</sup>, sólo ahora se convierte el hombre superior - ¡en señor!

¿Habéis entendido esta palabra, oh hermanos míos? Estáis asustados: ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis abrirse aquí para vosotros el abismo? ¿Os ladra aquí el perro infernal?

¡Bien! ¡Adelante! ¡Vosotros hombres superiores! Ahora es cuando gira la montaña del futuro humano. Dios ha muerto: ahora *nosotros* queremos - que viva el superhombre.

### 3

Los más preocupados preguntan hoy: «¿Cómo se conserva el hombre?» Pero Zaratustra pregunta, siendo el único y el primero en hacerlo: «¿Cómo se *supera* al hombre?»

El superhombre es lo que yo amo, *él* es para mí lo primero y lo único, - y *no* el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor -

Oh hermanos míos, lo que yo puedo amar en el hombre es que es un tránsito y un ocaso<sup>528</sup>. Y también en vosotros hay muchas cosas que me hacen amar y tener esperanzas.

Vosotros habéis despreciado, hombres superiores, esto me hace tener esperanzas. Pues los grandes despreciadores son los grandes veneradores.

En el hecho de que hayáis desesperado hay mucho que honrar. Porque no habéis aprendido cómo resignaros, no habéis aprendido las pequeñas corduras.



Hoy, en efecto, las gentes pequeñas se han convertido en los señores: todas ellas predicán resignación y modestia y cordura y laboriosidad y miramientos y el largo etcétera de las pequeñas virtudes.

Lo que es de especie femenina, lo que procede de especie servil y, en especial, la mezclanza plebeya: *eso* quiere ahora enseñorearse de todo destino del hombre - ¡oh náusea!, ¡náusea!, ¡náusea!

*Eso* pregunta y pregunta y no se cansa: «¿Cómo se conserva el hombre, del modo mejor, más prolongado, más agradable?» Con esto - ellos son los señores de hoy.

Superadme a estos señores de hoy, oh hermanos míos, - a estas gentes pequeñas: ¡ellas son el máximo peligro del superhombre!

¡Superadme, hombres superiores, las pequeñas virtudes, las pequeñas corduras, los miramientos minúsculos, el bullicio de hormigas, el mísero bienestar, la «felicidad de los más»-!

Y antes desesperar que resignarse. Y, en verdad, yo os amo porque no sabéis vivir hoy, ¡vosotros hombres superiores! Ya que así es como *vosotros* vivís - ¡del modo mejor!

4

¿Tenéis valor, oh hermanos míos? ¿Sois gente de corazón? ¿No valor ante testigos, sino el valor del eremita y del águila, del cual no es ya espectador ningún Dios?

A las almas frías, a las acémilas, a los ciegos, a los borrachos, a éstos yo no los llamo gente de corazón. Corazón tiene el que conoce el miedo, pero *domeña* el miedo, el que ve el abismo, pero con *orgullo*.

El que ve el abismo, pero con ojos de águila, el que *aferra* el abismo con garras de águila: ése tiene valor. - -

5

«El hombre es malvado» - así me dijeron, para consolarme, los más sabios. ¡Ay, si eso fuera hoy verdad! Pues el mal es la mejor fuerza del hombre<sup>529</sup>.

«El hombre tiene que mejorar y que empeorar» - esto es lo que yo enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre.

Para aquel predicador de las pequeñas gentes acaso fuera bueno que él sufriese y padeciese por el pecado del hombre<sup>530</sup>. Pero yo me alegro del gran pecado como de mi gran *consuelo*. -

Esto no está dicho, sin embargo, para orejas largas. No toda palabra conviene tampoco a todo hocico. Éstas son cosas delicadas y remotas: ¡hacia ellas no deben alargarse pezuñas de ovejas!

6

Vosotros hombres superiores, ¿creéis acaso que yo estoy aquí para arreglar lo que vosotros habéis estropeado?

¿O que quiero prepararos para lo sucesivo un lecho más cómodo a vosotros los que sufrís? ¿O mostraros senderos nuevos y más fáciles a vosotros los errantes, extraviados, perdidos en vuestras escaladas?

¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Deben perecer cada vez más, cada vez mejores de vuestra especie, - pues vosotros debéis tener una vida siempre peor y más dura. Sólo así -

- sólo así crece el hombre hasta *aquella* altura en que el rayo cae sobre él y lo hace pedazos: ¡suficientemente alto para el rayo!

Hacia lo poco, hacia lo prolongado, hacia lo lejano tienden mi mente y mi anhelo: ¡qué podría importarme vuestra mucha, corta, pequeña miseria!

¡Para mí no sufrís aún bastante! Pues sufrís por vosotros, no habéis sufrido aún por *el hombre*. ¡Mentiríais si dijeseis otra cosa! Ninguno de vosotros sufre por aquello por lo que yo he sufrido. - -

7

No me basta con que el rayo ya no cause daño. Yo no quiero desviarlo: debe aprender - a trabajar para *mí*. -

Hace ya mucho tiempo que mi sabiduría se acumula como una nube, se vuelve más silenciosa y oscura. Así hace toda sabiduría que *alguna vez* debe parir rayos.

Para estos hombres de hoy no quiero yo ser luz ni llamarme luz. A éstos - quiero cegarlos: ¡rayo de mi sabiduría! ¡Sácales los ojos!

8

No queráis nada por encima de vuestra capacidad: hay una falsedad perversa en quienes quieren por encima de su capacidad. ¡Especialmente cuando quieren cosas grandes! Pues despiertan desconfianza contra las cosas grandes, esos refinados falsarios y comediantes:

-

- hasta que finalmente son falsos ante sí mismos, gente de ojos bizcos, madera carcomida y blanqueada, cubiertos con un manto de palabras fuertes, de virtudes aparatosas, de obras falsas y relumbrantes.

¡Tened en esto mucha cautela, vosotros hombres superiores! Pues nada me parece hoy más precioso y raro que la honestidad.

Este hoy, ¿no es de la plebe? Mas la plebe no sabe lo que es grande, lo que es pequeño, lo que es recto y honesto: ella es inocentemente torcida, ella miente siempre.

9

Tened hoy una sana desconfianza, ¡vosotros hombres superiores, hombres valientes! ¡Hombres de corazón abierto! ¡Y mantened secretas vuestras razones! Pues este hoy es de la plebe.

Lo que la plebe aprendió en otro tiempo a creer sin razones, ¿quién podría - destruirselo mediante razones?

Y en el mercado se convence con gestos. Las razones, en cambio, vuelven desconfiada a la plebe.

Y si alguna vez la verdad venció allí, preguntaos con sana desconfianza: «¿Qué fuerte error ha luchado por ella?»

¡Guardaos también de los doctos! Os odian: ¡pues ellos son estériles! Tienen ojos fríos y secos, ante ellos todo pájaro yace desplumado.

Ellos se jactan de no mentir, mas incapacidad para la mentira no es ya, ni de lejos, amor a la verdad. ¡Estad en guardia!

¡Falta de fiebre no es ya, ni de lejos, conocimiento! A los espíritus resfriados yo no les creo. Quien no puede mentir no sabe qué es la verdad.

10

Si queréis subir a lo alto, ¡emplead vuestras propias piernas! ¡No dejéis que os *lleven* hasta arriba, no os sentéis sobre espaldas y cabezas de otros!

¿Tú has montado a caballo? ¿Y ahora cabalgas velozmente hacia tu meta? ¡Bien, amigo mío! ¡Pero también tu pie tullido va montado sobre el caballo!

Cuando estés en la meta, cuando saltes de tu caballo: precisamente en tu *altura*, hombre superior - ¡darás un traspié!

## 11

¡Vosotros creadores, vosotros hombres superiores! No se está grávido más que del propio hijo.

¡No os dejéis persuadir, adoctrinar! ¿Quién es *vuestro* prójimo? Y aunque obréis «por el prójimo», - ¡no creéis, sin embargo, por él!

Olvidadme ese «por», creadores: precisamente vuestra virtud quiere que no hagáis ninguna cosa «por» y «a causa de» y «porque». A estas pequeñas palabras falsas debéis cerrar vuestros oídos.

El «por el prójimo» es la virtud tan sólo de las gentes pequeñas: entre ellas se dice «tal para cual» y «una mano lava la otra»: - ¡no tienen ni derecho ni fuerza de exigir *vuestro* egoísmo!

¡En vuestro egoísmo, creadores, hay la cautela y la previsión de la embarazada! Lo que nadie ha visto aún con sus ojos, el fruto: eso es lo que vuestro amor entero protege y cuida y alimenta.

¡Allí donde está todo vuestro amor, en vuestro hijo, allí está también toda vuestra virtud! Vuestra obra, vuestra voluntad es *vuestro* «prójimo»: ¡no os dejéis inducir a admitir falsos valores!

## 12

¡Vosotros creadores, vosotros hombres superiores! Quien tiene que dar a luz está enfermo; y quien ha dado a luz está impuro.

Preguntad a las mujeres: no se da a luz porque ello divierta. El dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas.

Vosotros creadores, en vosotros hay muchas cosas impuras. Esto se debe a que tuvisteis que ser madres.

Un nuevo hijo: ¡oh, cuánta nueva suciedad ha venido también con él al mundo! ¡Aparatos! ¡Y quien ha dado a luz debe lavarse el alma hasta limpiarla!

## 13

¡No seáis virtuosos por encima de vuestras fuerzas! ¡Y no queráis de vosotros nada que vaya contra la verosimilitud!

¡Caminad por las sendas por las que ya caminó la virtud de vuestros padres! ¿Cómo querríais subir alto si no sube con vosotros la voluntad de vuestros padres?

¡Mas quien quiera ser el primero vea de no convertirse también en el último!<sup>531</sup> ¡Y allí donde están los vicios de vuestros padres no debéis querer pasar vosotros por santos!

Si los padres de alguien fueron aficionados a las mujeres y a los vinos fuertes y a la carne de jabalí: ¿qué ocurriría si ese alguien pretendiese de sí la castidad?

¡Una necedad sería eso! Mucho, en verdad, me parece para ése el que se contente con ser marido de *una* o de dos o de tres mujeres.

Y si fundase conventos y escribiese encima de la puerta: «el camino hacia la santidad», - yo diría: ¡para qué!, ¡eso es una nueva necesidad!

Ha fundado para sí mismo un correccional y un asilo: ¡buen provecho! Pero yo no creo en eso.

En la soledad crece lo que uno ha llevado a ella, también el animal interior<sup>532</sup>. Por ello resulta desaconsejable para muchos la soledad.

¿Ha habido hasta ahora en la tierra algo más sucio que los santos del desierto? En torno a ellos no andaba suelto tan sólo el demonio, - sino también el cerdo<sup>533</sup>

14

Tímidos, avergonzados, torpes, como un tigre al que le ha salido mal el salto: así, hombres superiores, os he visto a menudo apartaros furtivamente a un lado. Os había salido mal una *tirada de dados*.

Pero vosotros, jugadores de dados, ¡qué importa eso! ¡No habíais aprendido a jugar y a hacer burlas como se debe! ¿No estamos siempre sentados a una gran mesa de burlas y de juegos?

Y aunque se os hayan malogrado grandes cosas, ¿es que por ello vosotros mismos - os habéis malogrado? Y aunque vosotros mismos os hayáis malogrado, ¿se malogró por ello - el hombre? Y si el hombre se malogró: ¡bien!, ¡adelante!

15

Cuanto más elevada es la especie de una cosa, tanto más raramente se logra ésta. Vosotros hombres superiores, ¿no sois todos vosotros - malogrados?

¡Tened valor, qué importa! ¡Cuántas cosas son aún posibles! ¡Aprended a reiros de vosotros mismos como hay que reír! ¡Por qué extrañarse, por lo demás, de que os hayáis malogrado y os hayáis logrado a medias, vosotros semidespedazados! ¿Es que no se agolpa y empuja en vosotros - el futuro del hombre?

Lo más remoto, profundo, estelarmente alto del hombre, su fuerza inmensa: ¿no hierve todo eso, chocando lo uno con lo otro, en vuestro puchero?

¡Por qué extrañarse de que más de un puchero se rompa! ¡Aprended a reiros de vosotros mismos como hay que reír! Vosotros hombres superiores, ¡oh, cuántas cosas son aún posibles!

Y, en verdad, ¡cuántas cosas se han logrado ya! ¡Qué abundante es esta tierra en pequeñas cosas buenas y perfectas, en cosas bien logradas!

¡Colocad pequeñas cosas buenas y perfectas a vuestro alrededor, hombres superiores! Su áurea madurez sana el corazón. Lo perfecto enseña a tener esperanzas.

16

¿Cuál ha sido hasta ahora en la tierra el pecado más grande? ¿No lo ha sido la palabra de quien dijo: «¡Ay de aquellos que ríen aquí!»<sup>534</sup>?

¿Es que él no encontró en la tierra motivos para reír? Lo que ocurrió es que buscó mal. Incluso un niño encuentra aquí motivos.

Él - no amaba bastante: ¡de lo contrario nos habría amado también a nosotros los que reímos! Pero nos odió y nos insultó, nos prometió llanto y rechinar de dientes<sup>535</sup>.

¿Es que hay que maldecir cuando no se ama? Esto - me parece un mal gusto. Pero así es como actuó aquel incondicional. Procedía de la plebe.

Y él mismo no amó bastante: de lo contrario se habría enojado menos porque no se lo amase. Todo gran amor no *quiere* amor: - quiere más.

¡Evitad a todos los incondicionales de esa especie ! Es una pobre especie enferma, una especie plebeya: contemplan malignamente esta vida, tienen mal de ojo para esta tierra.

¡Evitad a todos los incondicionales de esa especie! Tienen pies y corazones pesados: - no saben bailar. ¡Cómo iba a ser ligera la tierra para ellos!<sup>536</sup>.

17

Por caminos torcidos se aproximan todas las cosas buenas a su meta. Semejantes a los gatos, ellas arquean el lomo, ronronean interiormente ante su felicidad cercana, - todas las cosas buenas ríen.

El modo de andar revela si alguien camina ya por su propia senda: ¡por ello, vedme andar a mí! Mas quien se aproxima a su meta, ése baila.

Y, en verdad, yo no me he convertido en una estatua, ni estoy ahí plantado, rígido, insensible, pétreo, cual una columna: me gusta correr velozmente.

Y aunque en la tierra hay también cieno y densa tribulación: quien tiene pies ligeros corre incluso por encima del fango y baila sobre él como sobre hielo pulido.

Levantad vuestros corazones<sup>537</sup>, hermanos míos, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco las piernas! Levantad también vuestras piernas, vosotros buenos bailarines y aún mejor: ¡sosteneos incluso sobre la cabeza!

18

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas<sup>538</sup> : yo mismo me he puesto sobre mi cabeza esta corona, yo mismo he santificado mis risas. A ningún otro he encontrado suficientemente fuerte hoy para hacer esto.

Zaratustra el bailarín, Zaratustra el ligero, el que hace señas con las alas, uno dispuesto a volar, haciendo señas a todos los pájaros, preparado y listo, bienaventurado en su ligereza: -

Zaratustra el que dice verdad, Zaratustra el que ríe verdad<sup>539</sup>, no un impaciente, no un incondicional, sí uno que ama los saltos y las piruetas; ¡yo mismo me he puesto esa corona sobre mi cabeza!

19

Levantad vuestros corazones, hermanos míos, ¡arriba!, ¡más arriba!, ¡y no me olvidéis tampoco las piernas! Levantad también vuestras piernas, vosotros buenos bailarines, y aún mejor: ¡sosteneos incluso sobre la cabeza!

También en la felicidad hay animales pesados, hay cojitranco de nacimiento. Extrañamente se afanan, como un elefante que se esfuerza en sostenerse sobre la cabeza.

Pero es mejor estar loco de felicidad que estarlo de infelicidad, es mejor bailar torpemente que caminar cojeando. Aprended, pues, de mí mi sabiduría: incluso la peor de las cosas tiene dos reversos buenos, -

-incluso la peor de las cosas tiene buenas piernas para bailar: ¡aprended, pues, de mí, hombres superiores, a teneros sobre vuestras piernas derechas!

¡Olvidad, pues, el poner cara de atribulados y toda tristeza plebeya! ¡Oh, qué tristes me parecen hoy incluso los payasos de la plebe! Pero este hoy es de la plebe.

20

Haced como el viento cuando se precipita desde sus cavernas de la montaña: quiere bailar al son de su propio silbar, los mares tiemblan y dan saltos bajo sus pasos.

El que proporciona alas a los asnos, el que ordeña a las leonas, ¡bendito sea ese buen espíritu indómito, que viene cual viento tempestuoso para todo hoy y toda plebe, -

- que es enemigo de las cabezas espinosas y cavilosas, y de todas las mustias hojas y verbajos: alabado sea ese salvaje, bueno, libre espíritu de tempestad, que baila sobre las ciénagas y las tribulaciones como si fueran prados!

El que odia los tísicos perros plebeyos y toda cría sombría y malograda: ¡bendito sea ese espíritu de todos los espíritus libres, la tormenta que ríe, que sopla polvo a los ojos de todos los pesimistas, purulentos!

Vosotros hombres superiores, esto es lo peor de vosotros: ninguno habéis aprendido a bailar como hay que bailar - ¡a bailar por encima de vosotros mismos! ¡Qué importa que os hayáis malogrado!

¡Cuántas cosas son posibles aún! ¡*Aprended*, pues, a reiros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír!

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas: ¡a vosotros, hermanos míos, os arrojo esta corona! Yo he santificado el reír; vosotros hombres superiores, *aprendedme* - ¡a reír!

<sup>526</sup> Nueva referencia al subtítulo de esta obra: *Un libro para todos y para nadie*.

<sup>527</sup> Véase, en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, 3.

<sup>528</sup> También en la primera parte, *De la virtud que hace regalos*, 3, aparece esta misma frase.

<sup>529</sup> «El hombre tiene que mejorar y que empeorar» es enseñanza repetida a lo largo de toda esta obra; véase, en la segunda parte, *De la cordura respecto a los hombres*, y en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, 2, y *El convaleciente*.

<sup>530</sup> Alusión a Jesús. Véase el *Evangelio de Mateo*, 8,17: «El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades.»

<sup>531</sup> Paráfrasis del Evangelio de Mateo, 19, 30: «Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros.»

<sup>532</sup> Más tarde el concienzudo del espíritu aludirá a este «animal interior» mencionado aquí por Zaratustra. Véase *De la ciencia*. Nietzsche utiliza el mismo término, *inwendig*, empleado por Lutero en su traducción de *Romanos*, 7, 22. En ese pasaje Pablo alude a «el hombre interior» (*der inwendige Mensch*). Éste «animal interior» (*das inwendige Gethier*) es, pues, clara antítesis del hombre paulino.

<sup>533</sup> Irónica alusión realista a que san Antonio Abad, padre de los eremitas y protector de los animales, suele ser representado en compañía de un cerdo. El «cerdo» actúa aquí como metáfora de la «suciedad» en todos los sentidos.

<sup>534</sup> Cita del *Evangelio de Lucas*, 6, 25: «¡Ay de los que reís ahora, porque vais a lamentaros y a llorar!»

<sup>535</sup> Véase el *Evangelio de Mateo*, 8, 12: «Los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes.»

<sup>536</sup> Véase, en la tercera parte, *Del espíritu de la pesadez*, donde Zaratustra rebautiza a la tierra con el nombre de «La Ligera».

<sup>537</sup> Cita del prefacio de la misa: *Sursum corda* (levantad los corazones).

<sup>538</sup> Esta corona de rosas aparece como antítesis de la «corona de espinas» de que hablan los Evangelios. Véase el *Evangelio de Mateo*, 27, 27-29: «Los soldados... trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza».

<sup>539</sup> *Wahrsager*, *Wahrlacher*. *Wahrsager* significa, por su composición, el que dice (*sagen*) verdad (*Wahr*), y asimismo el adivino; *Wahrlacher* es palabra creada por Nietzsche por analogía con la anterior. El significado de este juego de palabras sería, pues: Zaratustra es el que vaticina (o dice verdad) tanto con sus palabras como con sus risas.

## La canción de la melancolía

Mientras Zaratustra pronunciaba estos discursos se encontraba cerca de la entrada de su caverna; y al decir las últimas palabras se escabulló de sus huéspedes y huyó por breve espacio de tiempo al aire libre.

«¡Oh puros aromas en torno a mí, exclamó, oh bienaventurado silencio en torno a mí! Mas ¿dónde están mis animales? ¡Acercaos, acercaos, águila mía y serpiente mía!

Decidme, animales míos: esos hombres superiores, todos ellos - ¿es que acaso no *huelen* bien? ¡Oh puros aromas en torno a mí! Sólo ahora sé y siento cuánto os amo, animales míos.»

-Y Zaratustra repitió: «¡Yo os amo, animales míos!» El águila y la serpiente se arrimaron a él cuando dijo estas palabras, y levantaron hacia él su mirada. De este modo estuvieron juntos los tres en silencio, y olfatearon y saborearon juntos el aire puro. Pues el aire era allí fuera mejor que junto a los hombres superiores.

## 2

Mas apenas había abandonado Zaratustra su caverna cuando el viejo mago se levantó, miró sagazmente a su alrededor y dijo: «¡Ha salido!

Y ya, hombres superiores - permitidme cosquillearos con este nombre de alabanza y de lisonja, como él mismo - ya me acomete mi perverso espíritu de engaño y de magia, mi demonio melancólico,

- el cual es un adversario<sup>540</sup> a fondo de este Zaratustra: ¡perdonadle! Ahora *quiere* mostrar su magia ante vosotros, justo en este instante tiene su hora; en vano lucho con este espíritu malvado.

A todos vosotros, cualesquiera sean los honores que os atribuyáis con palabras, ya os llaméis “los espíritus libres” o “los veraces”, o “los penitentes del espíritu”, o “los liberados de las cadenas”, o “los hombres del gran anhelo”, -

- a todos vosotros que sufrís de *la gran náusea* como yo, a quienes el viejo Dios se les ha muerto sin que todavía ningún nuevo Dios yazga en la cuna entre pañales<sup>541</sup>, - a todos vosotros os es propicio mi espíritu y mi demonio-mago.

Yo os conozco a vosotros, hombres superiores, yo lo conozco a él, - yo conozco también a ese espíritu maligno, al cual amo a mi pesar, a ese Zaratustra: él mismo me parece, con mucha frecuencia, semejante a la bella máscara de un santo,

- semejante a una nueva y extraña máscara, en la que se complace mi espíritu malvado, el demonio melancólico: - yo amo a Zaratustra, así me parece a menudo, a causa de mi espíritu malvado. -

Pero ya me acomete y me subyuga *este* espíritu de la melancolía, *este* demonio del crepúsculo vespertino: y, en verdad, hombres superiores, se le antoja -

- ¡abrid los ojos! - se le antoja venir *desnudo*, *si* como hombre o como mujer, aún no lo sé: pero llega, me subyuga, ¡ay!, ¡abrid vuestros sentidos!

El día se extingue, para todas las cosas llega ahora el atardecer, incluso para las cosas mejores; ¡oíd y ved, hombres superiores, qué demonio es, ya hombre, ya mujer, este espíritu de la melancolía vespertina!»

Así habló el viejo mago, miró sagazmente a su alrededor y luego cogió su arpa.

## 3<sup>542</sup>

*Cuando el aire va perdiendo luminosidad,*

*Cuando ya el consuelo del rocío*

*Cae gota a gota sobre la tierra,*

*No visible, tampoco oído: -*

A la mañana después de aquella noche Zaratustra se levantó de su lecho, se ciñó los riñones<sup>589</sup> y salió de su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas.

«Tú gran astro, dijo, como había dicho en otro tiempo<sup>590</sup>, profundo ojo de felicidad, ¡qué sería de toda tu felicidad si no tuvieras a *aquellos* a quienes iluminas!

Y si ellos permaneciesen en sus aposentos mientras tú estás ya despierto y vienes y regalas y repartes: ¡cómo se irritaría contra esto tu orgulloso pudor!

¡Bien!, ellos duermen todavía<sup>591</sup>, esos hombres superiores, mientras que yo estoy despierto: ¡esos no son mis adecuados compañeros de viaje! No es a ellos a quienes yo aguardo aquí en mis montañas.

A mi obra quiero ir, a mi día: mas ellos no comprenden cuáles son los signos de mi mañana, mis pasos - no son para ellos un toque de diana.

Ellos duermen todavía en mi caverna, sus sueños siguen rumiando mis medianoches. El oído que me escuche a *mí*, - el oído *obediente*<sup>592</sup> falta en sus miembros.»

- Esto había dicho Zaratustra a su corazón mientras el sol se elevaba: entonces se puso a mirar inquisitivamente hacia la altura, pues había oído por encima de sí el agudo grito de su águila. «¡Bien!, exclamó mirando hacia arriba, así me gusta y me conviene. Mis animales están despiertos, pues yo estoy despierto.

Mi águila está despierta y honra, igual que yo, al sol. Con garras de águila aferra la nueva luz. Vosotros sois mis animales adecuados; yo os amo.

¡Pero todavía me faltan mis hombres adecuados!» -

Así habló Zaratustra; y entonces ocurrió que de repente se sintió como rodeado por bandadas y revoloteos de innumerables pájaros, - el rumor de tantas alas y el tropel en torno a su cabeza eran tan grandes que cerró los ojos. Y, en verdad, sobre él había caído algo semejante a una nube, semejante a una nube de flechas que descargase sobre un nuevo enemigo. Pero he aquí que se trataba de una nube de amor, y caía sobre un nuevo amigo.

«¿Qué me ocurre?», pensó Zaratustra en su asombrado corazón, y lentamente dejóse caer sobre la gran piedra que se hallaba junto a la salida de su caverna. Mientras movía las manos a su alrededor y encima y debajo de sí, y se defendía de los cariñosos pájaros, he aquí que le ocurrió algo aún más raro: su mano se posó, en efecto de manera imprevista sobre una espesa y cálida melena y al mismo tiempo resonó delante de él un rugido, - un suave y prolongado rugido de león.

«*El signo llega*»<sup>593</sup>, dijo Zaratustra, y su corazón se transformó. Y, en verdad, cuando se hizo claridad delante de él vio que a sus pies yacía un amarillo y poderoso animal, el cual estrechaba su cabeza entre sus rodillas y no quería apartarse de él a causa de su amor, y actuaba igual que un perro que vuelve a encontrar a su viejo dueño. Mas las palomas no eran menos vehementes en su amor que el león; y cada vez que una paloma se deslizaba sobre la nariz del león éste sacudía la cabeza y se maravillaba y reía de ello.

A todos ellos Zaratustra les dijo tan sólo *una única* frase: «*mis hijos están cerca, mis hijos*»<sup>594</sup>, - entonces enmudeció del todo. Mas su corazón estaba aliviado y de sus ojos goteaban lágrimas y caían en sus manos. Y no prestaba ya atención a ninguna cosa, y estaba allí sentado, inmóvil y sin defenderse ya de los animales. Entonces las palomas se pusieron a volar de un lado para otro y se le posaban sobre los hombros y acariciaban su blanco cabello y no se cansaban de manifestar su cariño y su júbilo. El fuerte león, en cambio, lamía siempre las lágrimas que caían sobre las manos de Zaratustra y rugía y gruñía tímidamente. Así se comportaban aquellos animales. -

Todo esto duró mucho tiempo, o poco tiempo: pues, hablando propiamente, para tales cosas *no* existe en la tierra tiempo alguno. - Mas entretanto los hombres superiores que



estaban dentro de la caverna de Zaratustra se habían despertado y estaban disponiéndose para salir en procesión a su encuentro y ofrecerle el saludo matinal: habían encontrado, en efecto, cuando se despertaron, que él no se hallaba ya entre ellos. Mas cuando llegaron a la puerta de la caverna, y el ruido de sus pasos los precedía, el león enderezó las orejas con violencia, se apartó *súbitamente* de Zaratustra y lanzóse, rugiendo salvajemente, hacia la caverna; los hombres superiores, cuando le oyeron rugir, gritaron todos como con *una sola* boca y retrocedieron huyendo y en un instante desaparecieron.

Mas Zaratustra, aturdido y distraído, se levantó de su asiento, miró a su alrededor, permaneció de pie sorprendido, interrogó a su corazón, volvió en sí, y estuvo solo. «¿Qué es lo que he oído?, dijo por fin lentamente, ¿qué es lo que me acaba de ocurrir?»

Y ya el recuerdo volvía a él, y comprendió con *una sola* mirada todo lo que había acontecido entre ayer y hoy. «Aquí está, en efecto, la piedra<sup>595</sup>, dijo y se acarició la barba, en *ella* me encontraba sentado ayer por la mañana; y aquí se me acercó el adivino, y aquí oí por vez primera el grito que acabo de oír, el gran grito de socorro.

Oh vosotros hombres superiores, *vuestra* necesidad fue la que aquel viejo adivino me vaticinó ayer por la mañana, -

- a acudir a vuestra necesidad quería seducirme y tentarme: oh Zaratustra, me dijo, yo vengo para seducirte a tu último pecado<sup>596</sup>.

¿A mi último pecado?, exclamó Zaratustra y furioso se rió de sus últimas palabras: ¿*qué* se me había reservado como mi último pecado?»

- Y una vez más Zaratustra se abismó dentro de sí y volvió a sentarse sobre la gran piedra y reflexionó. De repente se levantó de un salto, -

«¡*Compasión!* ¡*La compasión por el hombre superior!*», gritó, y su rostro se endureció como el bronce. ¡Bien! ¡Eso - tuvo su tiempo!

Mi sufrimiento y mi compasión - ¡qué importan! ¿Aspiro yo acaso a la *felicidad*? ¡Yo aspiro a mi *obra*!<sup>597</sup>

¡Bien! El león ha llegado, mis hijos están cerca, Zaratustra está ya maduro, mi hora ha llegado: -

Ésta es *mi* mañana, *mi* día comienza: *jasciende, pues, asciende tú, gran mediodía!*» - -

Así habló Zaratustra, y abandonó su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas.

<sup>589</sup> «Ceñirse los riñones» es expresión bíblica. Véase *1 Reyes*, 18, 46: «Fue sobre Elías la mano de Yahvé, que ciñó sus riñones, y vino corriendo a Jezrael delante de Ajab».

<sup>590</sup> Zaratustra reproduce aquí la misma invocación al sol que pronunció al comienzo de la obra; véase el *Prólogo de Zaratustra*, 1.

<sup>591</sup> Como los discípulos de Jesús en el monte de los Olivos; véase el *Evangelio de Mateo*, 26,40: «Se acercó a sus discípulos y los encontró dormidos».

<sup>592</sup> Zaratustra reclama aquí para sí «el oído obediente» (*das gehorchende Ohr*). Antes, sin embargo, ha dicho, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, 7, que «quien obedece, no se oye a sí mismo» (*wer gehorcht, der hört sich selbst nicht*).

<sup>593</sup> Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, 1, y en esta cuarta parte, *El saludo*.

<sup>594</sup> Véase la nota 316.

<sup>595</sup> Véase la nota 451.

<sup>596</sup> Véase, en la tercera parte, *De tablas viejas y nuevas*, y en esta cuarta parte, *El grito de socorro*, *El más feo de los hombres*, y *El signo*.

<sup>597</sup> Son palabras que ya han aparecido en *La ofrenda de la miel*.

Fin de ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

